El Gran Libro de
Cuentos con Valores
Textos: Esteve Pujol i Pons
Ilustraciones: Adrià Fruitós
Parramón

El Gran Libro de
Cuentos con Valores
Textos: Esteve Pujol i Pons
Ilustraciones: Adrià Fruitós
Parramón

El Gran Libro de Cuentos con Valores

Proyecto y realización de Parramón Paidotribo

Dirección editorial: **Maria Fernanda Canal**

Editor: **Jesús Araújo**
Adaptación de textos: **Esteve Pujol i Pons**
Revisión de la adaptación: **Mercè Moreno**
Ilustraciones, orlas y cubierta: **Adrià Fruitós**
Diseño y maquetación: **Leonardo Ribero**

Primera edición
© 2016 ParramónPaidotribo
www.parramon.com
E-mail: parramon@paidotribo.com

ISBN: 978-84-342-1080-6
ISBN EPUB: 978-84-342-4344-6

Derechos exclusivos de edición para todo el mundo

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra mediante cualquier recurso o procedimiento, comprendidos la impresión, la reprografía, el microfilm, el tratamiento informático o cualquier otro sistema sin permiso escrito de la editorial.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

El Gran Libro de

Cuentos con Valores

Textos: Esteve Pujol i Pons
Ilustraciones: Adrià Fruitós

Sumario

6 *Introducción*

7-10 *El plato de madera*
(cuento popular español): Respeto

11-14 *George Washington y el cerezo*
(historia de EE.UU.): Honradez

15-18 *Los músicos de Bremen*
(hermanos Grimm): Amistad

19-22 *El lobo y el perro*
(Félix María Samaniego): Libertad

23-26 *El bobo perseverante mueve montañas*
(cuento popular chino): Constancia

27-30 *El zapatero y los duendecillos*
(hermanos Grimm): Justicia

31-34 *En la arena y en la roca*
(cuento popular árabe): Paz

35-38 *De cómo la ballena tuvo la boca que tiene*
(Rudyard Kipling): Prudencia

39-42 *Por el puente*
(Jacint Verdaguer): Paciencia

43-46 *El traje nuevo del emperador*
(Hans Christian Andersen): Sinceridad

47-50 *El roble y el junco*
(fábula griega): Diálogo

51-54 *Sujman, el héroe*
(cuento popular ruso): Confianza

55-58 *El soldadito de plomo*
(Hans Christian Andersen): Fidelidad

59-62 *El príncipe feliz*
(Oscar Wilde): Generosidad

63-66 *El consejo de las ratas*
(fábula): Compromiso

67-70 *Ya veremos qué nos trae el tiempo*
(cuento popular chino): Esperanza

71-74 *La aventura del tranvía Dring*
(cuento popular norteamericano): Cooperación

75-78 *La camisa del hombre feliz*
(cuento popular): Alegría

79-82 *El ojo del elefante*
(cuento popular de Camerún): Reflexión

83-86 *El cangrejo que jugaba con el mar*
(Rudyard Kipling): Responsabilidad

87-90 *Los ciegos y el elefante*
(fábula de la India): Tolerancia

91-94 *El gato con botas*
(Charles Perrault): Iniciativa

95-98 *El ruiseñor*
(Hans Christian Andersen): Sensibilidad

99-102 *La muchacha lista*
(cuento popular de Polonia): Creatividad

103-109 *¿Por qué el camello tiene jorobas?*
(Rudyard Kipling): Urbanidad

107-109 *El árbol de las semillas de oro*
(cuento popular argentino): Ecología

110-111 *Páginas ilustradas. Citas*

Introducción

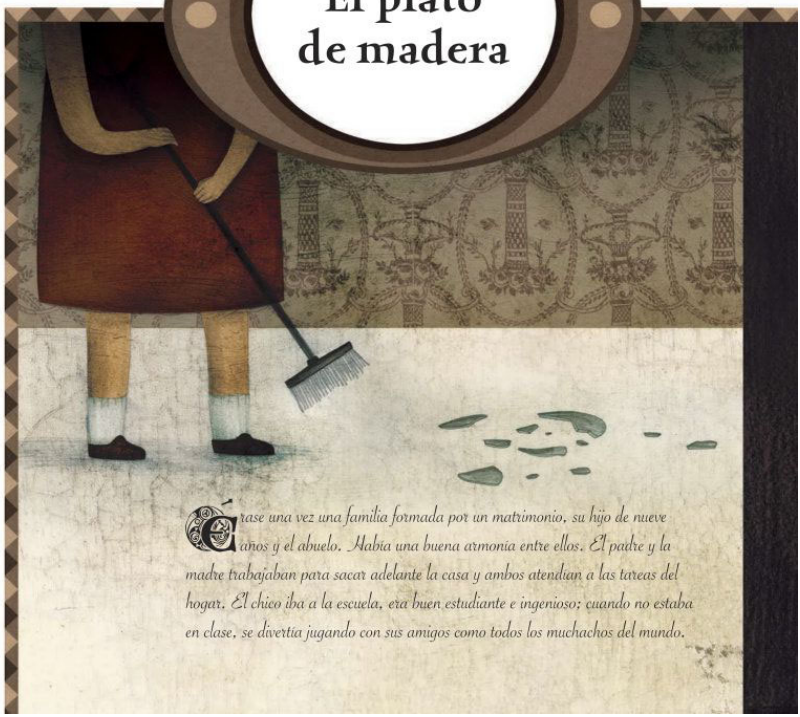
El método más eficaz de educar en valores es el testimonio gozoso de los mayores. La abundancia de palabras no sólo puede ser inútil, sino aun perjudicial. Tenemos que desconfiar de nuestros sermones morales; nuestros hijos ya saben qué les vamos a decir, cuáles serán nuestros consejos. Pero debemos juntar discretamente, oportunamente, alguna reflexión a nuestro ejemplo.

El cuento se halla a medio camino entre las explicaciones verbales y la vida misma. No pone en primer plano la lección moral, pero refleja trazos de la conducta humana y ofrece la simbolización ética de sus personajes. Añade el interés del relato y la facilidad de su recuerdo. Así lo han entendido las culturas de todos los tiempos, tal como recogemos en este libro.

No se trata de moralizar con los cuentos, sino de ofrecer el placer de escucharlos y poder extraer de ellos una lección de vida. Como la conducta del educador: no vivimos honestamente para educar a los demás; sin embargo, nuestra conducta será la mejor lección. No hacemos para educar; educamos haciendo. No contamos cuentos para educar; educamos contando cuentos.

Cuento popular español

El plato de madera



Érase una vez una familia formada por un matrimonio, su hijo de nueve años y el abuelo. Había una buena armonía entre ellos. El padre y la madre trabajaban para sacar adelante la casa y ambos atendían a las tareas del hogar. El chico iba a la escuela, era buen estudiante e ingenioso; cuando no estaba en clase, se divertía jugando con sus amigos como todos los muchachos del mundo.

El abuelo era ya anciano; había pasado la vida trabajando de sol a sol con sus manos, aunque la fatiga nunca había vencido su esfuerzo para proveer de comida y bienestar a su familia. Pero tanto y tan prolongado afán se había cobrado un doloroso tributo: sus manos temblaban como las hojas de un árbol bajo el viento de otoño. A pesar de sus esfuerzos, a menudo los objetos se le caían de las manos y a veces se hacían añicos al dar contra el suelo.

Durante las comidas, no acertaba a llevarse la cuchara a la boca y su contenido se derramaba sobre el mantel. Para evitarlo, procuraba acercarse el plato, pero éste solía terminar roto en pedazos sobre las baldosas del comedor. Y así un día tras otro. Le sabía muy mal y pedía disculpas cuando le ocurrían estos contratiempos; hubiera querido conservar el vigor que tenía cuando era joven. La madre, que era su hija, disimulaba tanto como le era posible para no avergonzarlo.

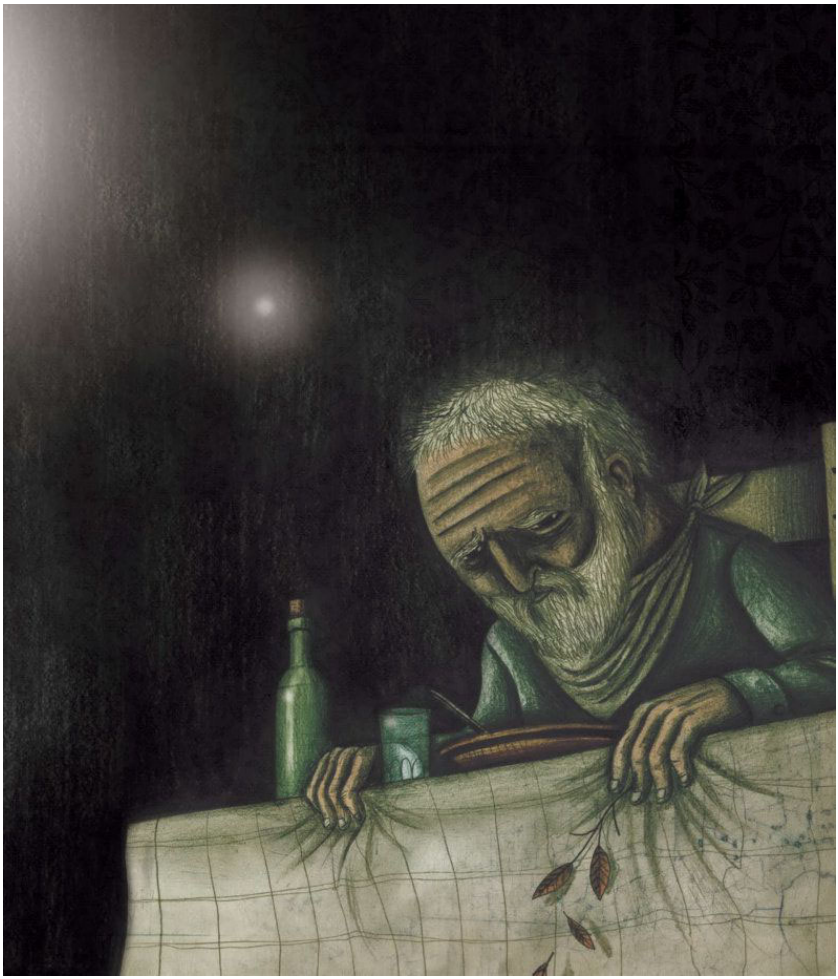
—No te preocupes, abuelo; esto le puede ocurrir a cualquiera –le decía mientras le acariciaba suavemente las manos. Y recogía los pedazos del suelo tan discretamente como podía.

Pero el padre, su yerno, no tenía los mismos sentimientos. Estaba muy molesto por los temblores del abuelo. Por fin tomó una decisión que sorprendió y contrarió al resto de la familia: desde aquel día, el abuelo comería apartado de la mesa familiar y usaría un plato de madera; así, ni mancharía los manteles ni rompería la vajilla.

Desde entonces el abuelo comía y cenaba en un rincón del comedor con su plato de madera. Movía suavemente la cabeza con resignación y de vez en cuando enjugaba unas lágrimas que le resbalaban por las mejillas; era muy duro aceptar aquella humillación. Durante las comidas había un silencio frío, incómodo; habían desaparecido las conversaciones tranquilas y las sonrisas. Pasaron unas cuantas semanas. Y una tarde, cuando el yerno volvió a su casa, encontró a su hijo enfrascado en una misteriosa tarea: el chico trabajaba afanosamente un pedazo de madera con un cuchillo de cocina. Iba sacando virutas con mucho cuidado como un hábil maestro artesano. El padre lo observó unos instantes y, lleno de curiosidad, le dijo:

—¿Qué estás haciendo, hijo, tan concentrado? ¿Es una manualidad que te han mandado en la escuela?

—No, papá –respondió el niño.



—¿Quizá es un regalo para mamá? –insistió el padre.

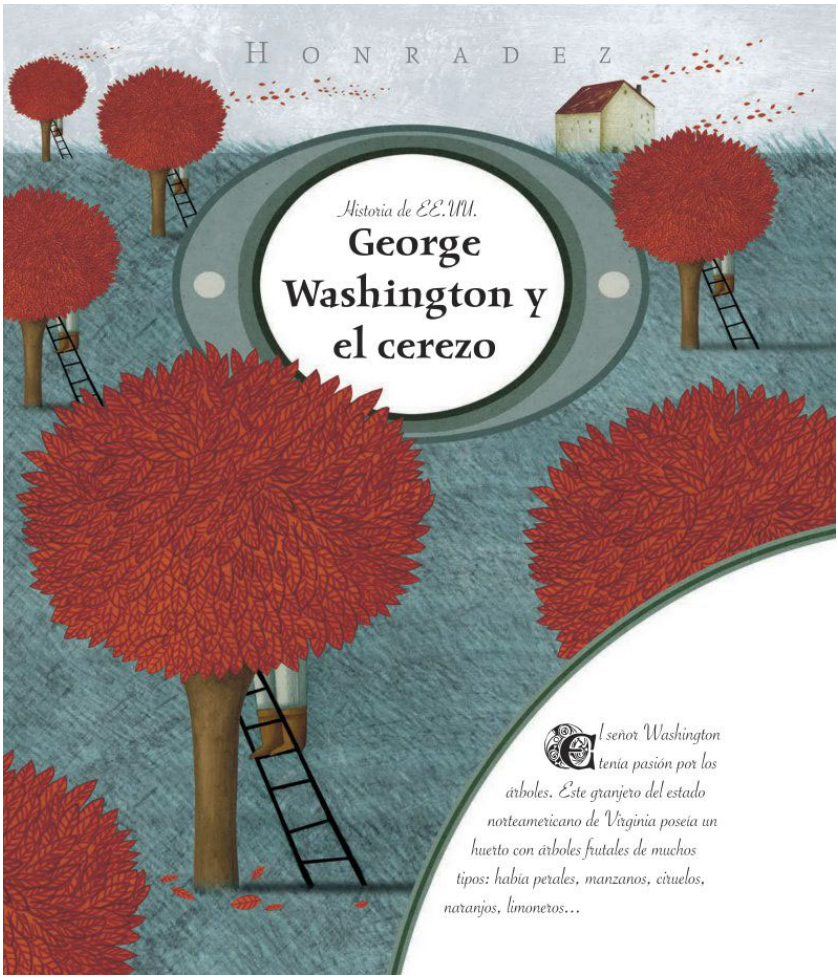
—Tampoco es un regalo –contestó el chico sin levantar los ojos.

—Entonces, ¿de qué se trata? ¿No me lo puedes explicar?

—Claro que sí, papá. Estoy haciendo un plato de madera para cuando tú seas viejo y las manos te tiemblen.

Y así fue como el hombre aprendió la lección y, desde entonces, el anciano volvió a sentarse a la mesa con toda la familia.

El padre comprendió que, si no respetaba al abuelo, tampoco su hijo le mostraría respeto a él. No exijas a los demás lo que tú no cumples.


HONRADEZ
Historia de EE.UU.
George Washington y el cerezo
El señor Washington tenía pasión por los árboles. Este granjero del estado norteamericano de Virginia poseía un huerto con árboles frutales de muchos tipos: había perales, manzanos, ciruelos, naranjos, limoneros…

Cierto día recibió de Europa un cerezo, pero no era un cerezo como los demás, sino un ejemplar raro. Su forma era caprichosa y sus frutos tenían una transparencia y un dulzor únicos. Al señor Washington le complació en gran manera este regalo. Lo mandó plantar en un lugar muy bien protegido del viento y las heladas, en un rincón del huerto que el mismo eligió. No quería que a este cerezo le ocurriera daño alguno. Avisó a sus familiares y a los criados de que tuvieran mucho cuidado con aquel árbol.

En la primavera del año siguiente al árbol empezaron a crecerle las hojas y los brotes tiernos, y alguna flor rosada apareció tímidamente anunciando los primeros frutos. El señor Washington estaba orgulloso de su cerezo exótico.

A su hijo pequeño, George, le gustaba corretear por el huerto; era su patio de diversión y el lugar donde hacía grandes descubrimientos. Incluso a veces quería ayudar a los hortelanos en sus labores.

En cierta ocasión, entre las herramientas del campo, descubrió un hacha, afilada y brillante. Aquella hacha le permitiría imitar el trabajo que más admiraba en los campesinos: cortar ramas secas, podar troncos inútiles y ramas sobrantes.

Los hortelanos aún estaban descansando después de la comida; el sol del mediodía de fines de mayo invitaba a sestear un rato a la sombra. El pequeño George tomó el hacha y empezó a

hacer de las suyas. Sin que nadie lo vigilara, cortaba todo lo que encontraba a su paso. ¡Qué desgracia!, el cerezo, niña de los ojos de su padre, recibió un golpe fatal en el tronco, aún débil, y quedó partido en dos.

Al atardecer, cuando empezó a soplar un airecillo suave, su padre fue a dar una vuelta por el huerto como solía hacer casi cada tarde. ¡Menuda sorpresa la suya!: el cerezo, su cerezo, estaba partido por la mitad y las hojas y flores comenzaban a marchitarse. Preguntó a todo el mundo por el autor de ese desastre. Nadie le decía quién había sido. Por fin también le preguntó a su hijo:

—George –le dijo–, ¿sabes quién ha matado mi cerezo?

—Padre, no puedo mentirte. Lo he hecho yo con el hacha del huerto.

El gesto de indignación del señor Washington y su mirada severa fueron el peor castigo que George pudo recibir en aquel momento. Se dirigió a su habitación avergonzado por lo que había hecho, pero sobre todo por el disgusto que había causado a su padre.

Pasado un buen rato, que a él le pareció un siglo, vio que su padre entraba en su habitación; los dos se miraron largo rato sin decir palabra. Por fin George bajó los ojos a la espera de la reprimenda y el castigo que le iba a imponer.

—¿Por qué has cortado el cerezo, hijo mío?

—No me di cuenta de lo que hacía; estaba jugando y...

—Y no hiciste caso de mis recomendaciones.

—Perdóname, papá –musitó George, con las mejillas ruborizadas–, perdóname.

El señor Washington acarició el pelo de George mientras le decía:

—Siento haber perdido mi cerezo, lo siento mucho. Sin embargo, estoy satisfecho de que hayas sido tan honrado y valiente al decir la verdad. Prefiero tu honradez que todo mi huerto lleno de cerezos. No lo olvides nunca, hijo mío.

No lo olvidó jamás. Cuando fue presidente de los Estados Unidos recordaba, repetía y practicaba la lección aprendida de pequeño.

El pequeño George prefirió ser honrado que mentir en su provecho. La honradez es superior a todas las riquezas.

Hermanos Grimm

Los músicos de Bremen

Un labrador tenía un burro muy trabajador. Durante años y años había llevado, sin quejarse, un montón de sacos de harina al molino. Pero llegó un día en el que las patas ya no lo sostenían y el lomo le dijo basta. Entonces el labrador pensó sacrificarlo. El burro se dio cuenta y huyó hacia la ciudad de Bremen, pensando que allí podría trabajar de músico, en la banda.

Por el camino se encontró a un perro perdiguero. Postrado en el suelo, jadeaba como si hubiera corrido mucho.

—Pareces muy fatigado, amigo mío –dijo el burro.

—¡Ay de mí!, puesto que soy viejo y no sirvo para cazar, mi amo me quería sacrificar. ¡Menos mal que he podido escaparme! Pero, ¿cómo me ganaré la vida ahora?

—¿Sabes? –dijo el burro–, ven conmigo a Bremen, a ver si encontramos trabajo como músicos. Yo tocaré los timbales, y tú puedes tocar la guitarra.

El perro se avino a ello y siguieron juntos el camino.

No habían andado demasiado, cuando encontraron a un pobre gato con cara de pasar hambre.

—Pues, ¿qué te ocurre, Bigotes? –preguntó el burro.

—Sí, ya ves, porque me vuelvo viejo, se me embotan los dientes y prefiero estar a la vera del fuego que perseguir ratones, la dueña me quería ahogar. He podido huir. Pero, ¿a dónde iré ahora?

—Ven con nosotros. Eres un músico nocturno fantástico, y seguro que te querrán en la banda de Bremen.

Al gato le gustó la idea y se unió a los otros dos.

Algo más tarde, los tres fugitivos llegaron a una granja. Encaramado sobre el portal, un gallo gritaba a voz en cuello.

—Estos gritos se me clavan en el cerebro –dijo el burro–. ¿Qué te pasa, gallo?

—Mañana es domingo, la dueña tiene invitados y le ha dicho a la cocinera que me eche al puchero; y mira por dónde, esta noche me quieren cortar el cuello. Por eso canto, ahora que todavía puedo hacerlo.

—Mira, Cresta Roja, será mejor que vengas con nosotros. Vamos a Bremen, y con tu buena voz y nuestra banda nos haremos ricos.

—Me parece muy bien –dijo el gallo.

¡Y, hala, los cuatro se fueron hacia Bremen! Pero aquel día no pudieron llegar; les cayó la noche encima y decidieron pasarla en el bosque. El burro y el perro se acostaron bajo un árbol muy alto, el gato se subió a las ramas y el gallo se montó encima de su copa.

Antes de dormirse, miró por todas partes y vio, a lo lejos, una lucecita. En seguida llamó a sus compañeros:

—¡Eh!, no muy lejos, debe haber una casa.

—Yo creo que lo mejor que podemos hacer –dijo el burro– es ir nosotros mismos a comprobarlo.

El perro pensó que unos cuantos huesos y un poco de carne le irían de perillas. Y así, todos se dirigieron hacia la lucecita. Cuando llegaron, vieron que era la guarida de unos ladrones, muy bien iluminada. El burro, que era el más alto, se acercó a la ventana para echar una ojeada.

—¿Qué ves? –preguntó el gallo.

—¿Qué veo? Una mesa con mucha comida y un montón de ladrones que se están hartando.

—¡Caramba! Esto es lo que me convendría –dijo el gallo.

—¡Por supuesto! –añadió el burro.

Y los cuatro animales pensaron la mejor manera de ahuyentarlos.

Al fin, hallaron la solución: el burro puso las patas en el alféizar de la ventana, el perro se subió a las espaldas del burro, el gato se encaramó encima del perro y el gallo se posó sobre la cabeza del gato. Puestos de esta guisa, a una señal convenida, se pusieron a gritar todos a la vez. El burro rebuznaba, el perro ladraba, el gato maullaba y el gallo cantaba. Y de golpe se lanzaron contra la ventana de la sala y causaron un enorme destrozo.

De un brinco, los ladrones, aterrorizados, se levantaron y huyeron corriendo hacia el bosque, pensando que era un fantasma. Los cuatro amigos se sentaron a la mesa y, con lo sobrante de los ladrones, comieron hasta reventar.

Cuando hubieron terminado, apagaron la luz y cada uno se buscó un lecho. El burro se tendió sobre el estiércol, el perro detrás de la puerta, el gato sobre el rescoldo del hogar y el gallo encima de una viga. A medianoche, el capitán de los ladrones, viendo que la casa estaba toda a oscuras y en paz, dijo:

—No deberíamos habernos asustado tanto.

Y mandó a uno de la banda para ver lo que ocurría.

El enviado entró en la cocina para encender la lumbre. Pensando que los ojos brillantes del gato eran brasas acercó una cerilla. Pero el gato, que no estaba para bromas, resollando le arañó la cara.

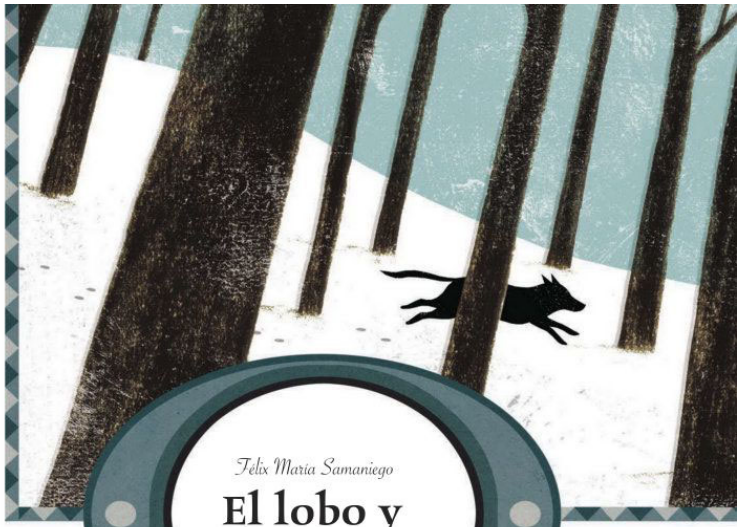
Asustado, reculó hacia la puerta; pero allí el perro se levantó y le clavó los dientes en la pierna; huyendo hacia la era, topó con el burro, que le propinó un par de coces mientras el gallo, desde la viga, gritaba: "¡Quiquiriquí!". El ladrón, desconcertado, corrió hacia el bosque y dijo al capitán:

—En la casa hay una bruja que resuella y araña, y además, un hombretón me ha clavado una navaja en la pierna. En la era, un monstruo negro me ha atontado a golpes y en el alero de la casa el juez gritaba: "¿Quién chilla aquí?".

Al oír esto, los ladrones, aterrados, no volvieron jamás a la casa.

Y los cuatro músicos se encontraron tan bien allí que ya nunca llegaron a Bremen. Y quien no lo quiera creer que lo vaya a ver.

Los músicos de Bremen están juntos, confían unos en otros,
se ayudan, se respetan los gustos.
La vida sin amistad sería como un mundo sin sol.



Félix María Samaniego

El lobo y el perro

Érase una vez un lobo más lleno de hambre que de malicia, que merodeaba por el lindero del bosque. A lo lejos divisó una casa de campo donde una chimenea humeaba sobre el tejado rojizo. El lobo se la miraba con ojos centelleantes. Sus orejas levantadas percibían el balar de las ovejas, el cacarear de las aves de corral y el quiquiriquí orgulloso del rey del gallinero. De vez en cuando, llegaban hasta él el rebuzno de un asno pacífico y los relinchos de yeguas y caballos.

De pronto, vio que se le acercaba un perro rechoncho, lustroso y de inmejorable aspecto. Tenía el pelo brillante, el hocico húmedo, los ojos bonachones, las patas robustas y el rabo levantado.

Y los dos, cada uno por su lado, cavilaban sobre cómo podrían beneficiarse uno del otro. Y los dos se acercaron con cautela, cada uno con una intención bien distinta, pero no se veía malicia en sus gestos. A lo mejor era el comienzo de una provechosa amistad.

Cuando se hallaron uno frente al otro, el lobo, empezando la conversación, dijo:

—Buenos días, amigo perro. Por lo que veo, debes vivir en esta casa de campo. Se nota que estás agotado.

—Dices muy bien –le respondió el perro–; vivo en la casa rodeado de atenciones. Mis amos me dan de comer y me cuidan. Además de la comida que ponen en mi cuenco, también aprovecho los trozos de carne que sobran de su mesa, los huesos de médula jugosa que dejan en los platos, los restos mal aprovechados por los niños de la familia. No puedo quejarme. El trabajo es llevadero. Si quieres, lo puedo compartir contigo. Hay comida de sobra para los dos; ¡se echará menos a perder! Además nos podríamos repartir el trabajo. Como los lobos no suelen merodear por estos parajes, ni se darán cuenta de que tú eres uno de ellos. Además, tú podrías vigilar de noche y yo de día. ¿Aceptas el trato? Los dos saldremos ganando.

Al lobo le pareció una idea excelente. Tendría comida segura y abundante; lograría volverse tan panzudo como el perro. Aceptó, pues, la propuesta y ambos se dirigieron hacia la casa que debía cobijarlos fraternalmente.

Mientras se acercaban a la finca con paso mesurado, el lobo observó con sorpresa que el cuello del perro tenía el pelo menos brillante que el resto del cuerpo, como si una mano áspera lo hubiera restregado con dureza. Extrañeza y curiosidad lo empujaron a preguntarle:

—Buen amigo, veo que el pelaje de tu cuello no es tan hermoso como el de tu lomo o el de tus patas. ¿Te ha ocurrido algo que ha malogrado su belleza? ¿Tal vez, defendiendo

las aves del corral de alguna zorra inoportuna, sufriste sus mordiscos antes de darle su merecido?

Dime, ¿a qué se debe esta señal en tu cuello? ¿Acaso te han contagiado la sarna?

El perro se hizo el desentendido al oír estas preguntas. Pero, como el lobo seguía insistiendo, le contestó al fin:

—Verás, amigo lobo, durante las horas claras del día mis dueños me dan libertad para que pueda moverme a mi antojo por todo el terreno de la finca; por esta razón he llegado hasta ti sin problema alguno. Sin embargo, cuando ya empieza a anochecer, a mí me sujetan con un collar hasta que me vuelven a soltar al día siguiente. Durante muchas horas una larga cadena me amarra a la pared delantera de la casa, al lado de mi perrera.

Al oír tal confesión, el lobo se detuvo de repente, miró fijamente al perro y, levantando con orgullo su cabeza, le dijo con voz solemne:

—Amigo, sospecho que iba a hacer un mal negocio contigo; menos mal que me he dado cuenta a tiempo. Veo que toda tu felicidad es la de un esclavo. No puedes ir donde quieres, puesto que una cadena y un collar impiden tus movimientos. No eres tú quien dispone de tu vida ni haces o dejas de hacer lo que te place.

Es verdad que yo paso días de hambre y tengo que aguzar olfato e ingenio para capturar una presa y llenar mi estómago vacío. Pero soy dueño de mi libertad. Voy donde quiero; dispongo a mi antojo del día y de la noche para cazar o para descansar; nadie me sujeta y soy yo quien dispone de mi vida; yo respondo ante mí de lo bueno o de lo malo que me ocurre.

Agradezco de todo corazón tu hospitalidad, perro amigo. Prefiero la libertad que tu fortuna. No encontraría sabor al manjar servido en una prisión, por suculento que fuera, y gracias –dijo el lobo.

Perro y lobo siguieron sus respectivos destinos.

El lobo prefirió una vida dura, pero libre; el perro, una vida fácil, pero de esclavo. La libertad es el mayor bien de los humanos.

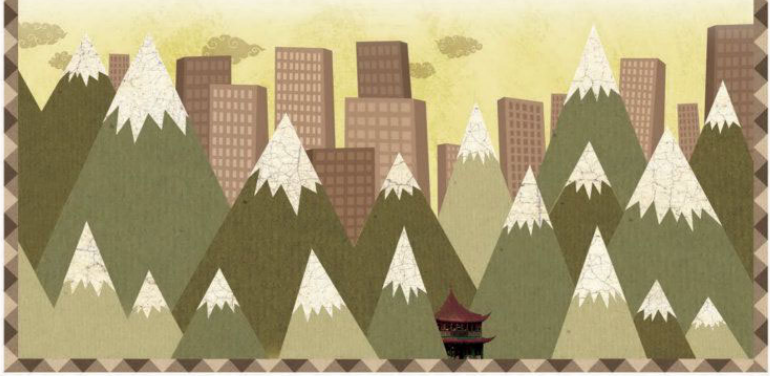
Cuento popular chino

El bobo perseverante mueve montañas

Érase una vez una familia campesina que vivía en el medio de un valle. Lo cruzaba el Guanchán, un río de aguas limpias y repletas de peces. Estaba rodeado de montañas. Era un lugar acogedor, separado del resto del mundo por altas murallas de rocas.

Lin-Chung, que así se llamaba el padre de la familia, era un hombre trabajador, muy tenaz en sus tareas. Su esposa, Chung-Lin, se sentía muy feliz en compañía de Lin-Chung y de sus cuatro hijos, tres muchachos y una chica, todos ellos fuertes y guapos.

Lin-Chung tenía que ir a la ciudad para vender las frutas y hortalizas. También debía resolver asuntos muy importantes en el palacio del Mandarín, que era el gobernador que ejercía de señor, y de juez,



de jefe de policía de sus súbditos. Allí tenía que ir a menudo para resolver sus negocios.

"¡Demasiado a menudo!", se quejaba. ¿Por qué demasiado a menudo?, pensaréis. Porque el bueno de Lin-Chung se veía obligado a recorrer una y otra vez un penoso camino para subir a las montañas y bajarlas después y llegar así a la ciudad. Entonces, los montes se convertían en un muro de separación en vez de ser la hermosa corona que embellecía el valle.

"Si no hubiera esas montañas tan altas...", repetía una y mil veces. Harto ya de tantas caminatas y tanta pérdida de tiempo, un atardecer de septiembre reunió a toda su familia y les dijo:

—Amada Chung-Lin, amados hijos, amada hija, habéis escuchado mil veces mis quejas. Hace mucho tiempo que me ronda por la cabeza esta idea atrevida: tendríamos que mover las montañas.

—¿Mover las montañas, padre? Esto es imposible. ¿Cómo moveremos las montañas?

—Quiero decir –explicó Lin-Chung– que deberíamos allanar la montaña; abrir un camino. Sería como si hubiéramos movido la montaña de lugar.

Ya había oscurecido y la familia seguía sopesando razones en favor y en contra del proyecto de Lin-Chung. Por fin, convencidos por sus palabras y su entusiasmo, la esposa y los cuatro hijos estuvieron de acuerdo con él en ponerse manos a la obra. Palos, azadas y azadones, picos y barras de hierro; espuertas y canastos, palas y rastrillos... todo era útil para empresa tan laboriosa.

¡Cuántos sudores, cuántos esfuerzos! Pero los beneficios que les reportarían valían la pena. La roca se resistía con la misma tenacidad con la que trabajaban los campesinos. El camino se abría paso lentamente. Parecía que tanto esfuerzo producía un fruto escaso, muy escaso.

Fun-Lu era un labrador que habitaba en el mismo valle. Hombre sencillo y sincero, observaba la labor de la familia de Lin-Chung. No salía de su asombro al contemplar, día tras día, el trajín de todos ellos, sus titánicos esfuerzos. Por fin, aprovechando unos instantes de descanso en los que Lin-Chung reparaba fuerzas,

Fun-Lu se le acercó y le dijo con aire socarrón:
—Buen vecino, sé que eres un hombre inteligente
y cabal. Conozco tu empeño y la fuerza de tu voluntad:
también me consta el amor que profesas a tu familia y que por
nada de este mundo le causarías daño alguno. Precisamente por todo ello,
me maravilla que, a tu edad y con tu buen juicio, les hayas metido en una empresa tan
desmesurada. No te ofendas, buen vecino; pero siento tener que decirte que no me pareces
inteligente sino bobo e imprudente, empeñado en una tarea imposible.
Lin-Chung se limpió el sudor de la frente con el pañuelo y enderezó su sombrero.
Estuvo pensativo durante un buen rato buscando en su corazón las

mejores palabras para responder a Fun-Lu. Por fin, suspiró, entornó los ojos como si mirara hacia un futuro lejano y poco a poco pronunció estas sabias palabras, midiéndolas de una en una:

—Fun-Lu, mi buen vecino. No me ofendo por lo que acabas de decirme; porque conozco tu afecto hacia mi y hacia mi familia.

Sé muy bien que ya soy mayor, casi un anciano, y que mis fuerzas se debilitarán día tras día. He empezado una tarea que no podré ver terminada, pero tengo cuatro hijos. Mis hijos y mi hija verán a sus hijos e hijas a su alrededor, que serán mis nietos y mis nietas. A su vez, éstos se multiplicarán hasta constituir un pueblo que llenará todo el valle del Guanchán. Seguirán escarbando el flanco de la montaña y la vencerán. Es decir, la venceremos. Fun-Lu asintió con la cabeza y se alejó a paso lento.

La constancia de Lin-Chung y de toda su familia vencerá la montaña. Las grandes obras exigen una gran constancia.

Hermanos Grimm

El zapatero y los duendecillos

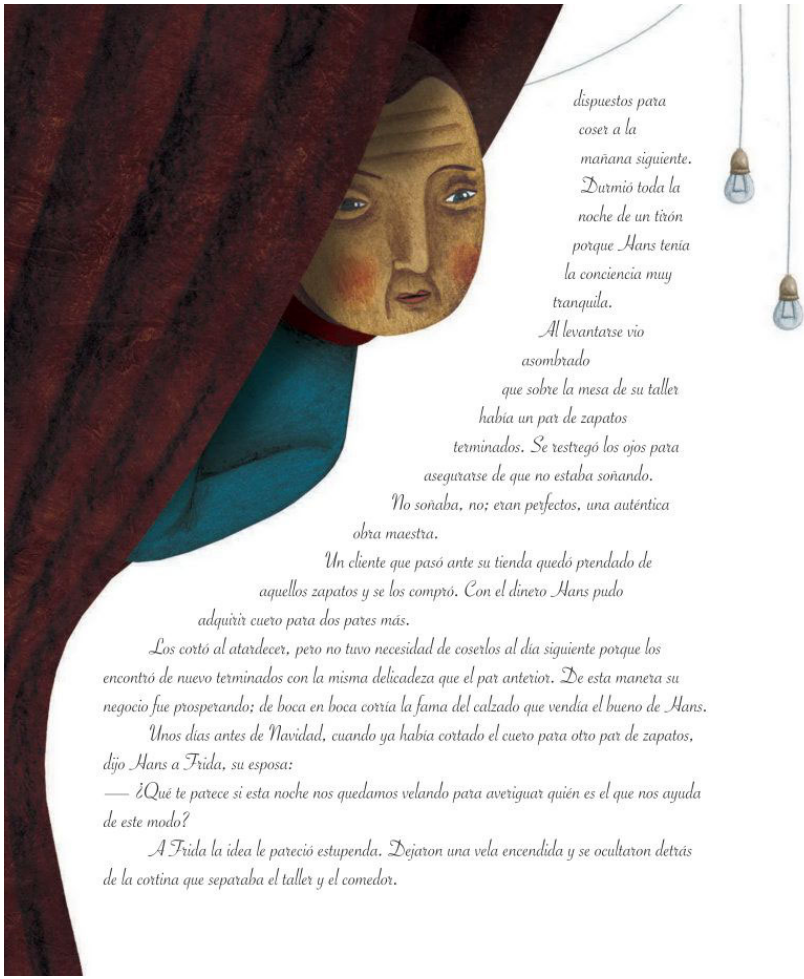
Hans, el zapatero, era un hombre tan bueno de corazón como pobre de dinero. Era honrado y justo, pero el negocio le iba de mal en peor. Quizá porque era tan honrado que nunca quería abusar de sus clientes.

—Maestro Hans, ¿cuánto le debo por este par de zapatos tan bien hechos?

—Cinco reales, que es su precio justo –respondía el zapatero.

Y los ricos de la ciudad llegaron a la conclusión de que los demás zapateros eran mejores que Hans porque cobraban mucho más por un par de zapatos.

Llegó un día en el que a Hans sólo le quedó un pedazo de cuero para hacer un par de zapatos. Por la noche, antes de acostarse, lo cortó y dejó un par de zapatos



dispuestos para coser a la mañana siguiente. Durmió toda la noche de un tirón porque Hans tenía la conciencia muy tranquila. Al levantarse vio asombrado que sobre la mesa de su taller había un par de zapatos terminados. Se restregó los ojos para asegurarse de que no estaba soñando. No soñaba, no; eran perfectos, una auténtica obra maestra. Un cliente que pasó ante su tienda quedó prendado de aquellos zapatos y se los compró. Con el dinero Hans pudo adquirir cuero para dos pares más.

Los cortó al atardecer, pero no tuvo necesidad de coserlos al día siguiente porque los encontró de nuevo terminados con la misma delicadeza que el par anterior. De esta manera su negocio fue prosperando; de boca en boca corría la fama del calzado que vendía el bueno de Hans.

Unos días antes de Navidad, cuando ya había cortado el cuero para otro par de zapatos, dijo Hans a Frida, su esposa:

— ¿Qué te parece si esta noche nos quedamos velando para averiguar quién es el que nos ayuda de este modo?

A Frida la idea le pareció estupenda. Dejaron una vela encendida y se ocultaron detrás de la cortina que separaba el taller y el comedor.

Cuando sonaron las campanadas de medianoche en el reloj del ayuntamiento, vieron a dos duendecillos que tomaban el cuero cortado y con una rapidez y exactitud fantásticas cosían y pulían un par de zapatos nuevos. Cuando los hubieron terminado, los dejaron sobre la mesa, pegaron un brinco y desaparecieron como por encanto.

Hans y Frida quedaron perplejos; tanto, que tardaron un par de horas en recuperarse. Cuando se tranquilizaron, la mujer dijo a su marido:

— Querido Hans, estos duendecillos nos han hecho ricos. Tenemos que pagarles como se merecen. Tan desnudos como van, deben morirse de frío en estos días de diciembre. ¿Qué te parece si coso una camisa, una chaqueta y unos pantalones para cada uno?

— ¡Qué buena idea has tenido! Me parece muy bien.

Y así lo hicieron. Al llegar la noche, dejaron sobre la mesa del taller las prendas de vestir que habían confeccionado y se ocultaron detrás de la cortina.

Al sonar la última de las doce campanadas en el reloj del ayuntamiento, aparecieron los dos duendecillos. Quedaron asombrados al ver aquellos vestidos preciosos en lugar de los pedazos de cuero. Se pusieron muy contentos. Se los pusieron en seguida y, locos de alegría, se cogieron de las manos y empezaron a cantar mientras bailaban:

"Nuestros amigos, los zapateros,nos han cosido vestidos nuevos.
¡Y qué camisa! ¡Qué pantalón! ¡Qué bien nos cae este chaquetón!
Con este traje tan elegante pareceremos gente importante."

Hans y Frida los miraban embelesados; no se atrevían a interrumpir la fiesta. Se sentían aún más felices que ellos.

Los duendecillos bailaron y cantaron hasta que los primeros rayos anaranjados del sol entraron por los cristales que había sobre la puerta de la tienda.

Entonces pegaron tres saltos enormes y desaparecieron tan misteriosamente como habían entrado. Ya no volvieron más.

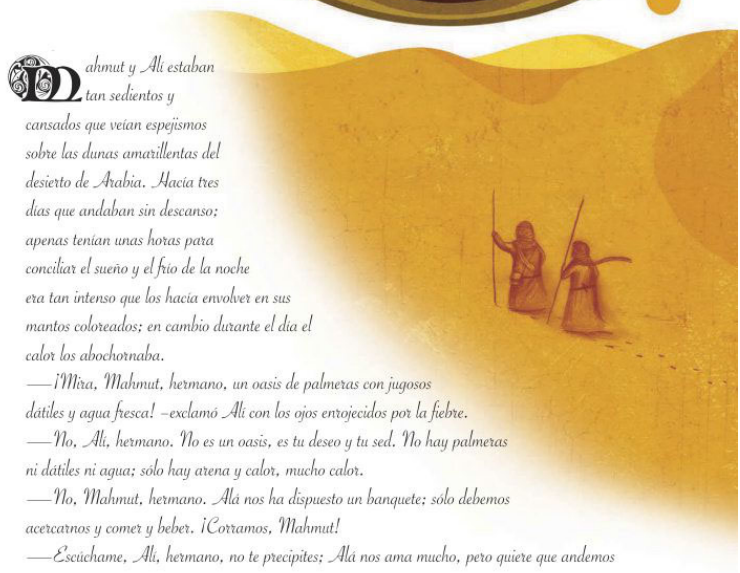
Los zapateros eran ricos; los duendecillos iban vestidos, ¿qué más queréis?

Hans y Frida compensaron como pudieron a los duendecillos trabajadores. Antes de ser generosos hemos de ser justos.

P A Z

Cuento popular árabe

En la arena y en la roca



Mahmut y Alí estaban tan sedientos y cansados que veían espejismos sobre las dunas amarillentas del desierto de Arabia. Hacía tres días que andaban sin descanso; apenas tenían unas horas para conciliar el sueño y el frío de la noche era tan intenso que los hacía envolver en sus mantos coloreados; en cambio durante el día el calor los abochornaba.

—¡Mira, Mahmut, hermano, un oasis de palmeras con jugosos dátiles y agua fresca! –exclamó Alí con los ojos enrojecidos por la fiebre.

—No, Alí, hermano. No es un oasis, es tu deseo y tu sed. No hay palmeras ni dátiles ni agua; sólo hay arena y calor, mucho calor.

—No, Mahmut, hermano. Alá nos ha dispuesto un banquete; sólo debemos acercarnos y comer y beber. ¡Corramos, Mahmut!

—Escúchame, Alí, hermano, no te precipites; Alá nos ama mucho, pero quiere que andemos

todavía un buen trecho hasta llegar a la ciudad más cercana. Allí comeremos y beberemos y descansaremos a la sombra de los toldos de pelo de camello.

Alí, obsesionado con su alucinación, empezó a golpear a Mahmut, que se defendió como pudo. Le sangraba la nariz, la piel se le llenó de moratones y tenía un ojo hinchado; eran algunas consecuencias de la violencia con la que el irritable Alí lo había aporreado.

Cuando consiguió separarse de él, se alejó un trecho y lentamente, con el dedo índice de la mano derecha, escribió sobre la arena: "Hoy mi hermano Alí me ha pegado".

Se acostaron acurrucados en sus mantos coloreados. Poco durmió Mahmut aquella noche por el dolor de los golpes recibidos. También Alí se despertaba a menudo agitado por la pesadilla de la paliza que había dado a su hermano.

A la mañana siguiente prosiguieron la marcha.

—¡Mira, Mahmut, hermano, un oasis de palmeras con jugosos dátiles y agua fresca! –gritó de nuevo Alí.

—No, Alí, hermano. No es un oasis, es tu deseo y tu sed. No hay palmeras ni dátiles ni agua; solo hay arena y calor, mucho calor.

Pero esta vez Alí tenía razón y Mahmut se equivocaba: un lago espléndido con unas palmeras fecundas, que daban una sombra reconfortante, los esperaba donde el horizonte junta el desierto y el cielo. Corrieron a más no poder. Mahmut, más veloz, llegó primero y se echó al agua como si quisiera bebérsela toda, toda. Pero, ¡ay!, no se dio cuenta de que el lago era más hondo de lo que pensaba.

—¡Socorro, ayúdame, Alí, hermano, que me ahogo!

Alí llegó jadeante, rompió una rama de una palmera joven, se sujetó al tronco con su cinturón y, alargando los brazos y acercándole la rama, consiguió que Mahmut se agarrara a ella y pudiera recuperar la orilla salvadora.

Calmaron la sed con el agua fresca, saciaron el hambre con los frutos dulces de las palmeras y reposaron a su sombra para que el ardor del día no los abrasara.

Cuando el sol caía por poniente, Mahmut tomó una piedra puntiaguda y dura, se acercó a una roca de la orilla del lago y grabó sobre ella con unos trazos profundos: "Hoy mi hermano Alí me ha salvado".

—Mahmut, amigo y hermano, ¿por qué has escrito antes sobre la arena "Hoy mi hermano Alí me ha pegado" y ahora sobre la roca "Hoy mi hermano Alí me ha salvado"?

—Porque lo que he escrito sobre la arena, el viento lo borrará en seguida, quizá ya no existe. Sin embargo, lo que he escrito sobre la roca, nada ni nadie lo podrá borrar jamás.

Aquella noche Mahmut y Alí durmieron plácidamente envueltos en sus mantos coloreados.

El corazón de Mahmut amaba la paz; el corazón de Mahmut no era rencoroso. Cuando uno no quiere, dos no se pelean.

Rudyard Kipling

De cómo la ballena tuvo la boca que tiene

Imaginaos, hace muchísimos años, una ballena que comía toneladas de peces: rapes y merluzas, meros y rodaballos, sardinas y anguilas, pulpos y calamares, atunes y emperadores; no respetaba rayas venenosas ni cangrejos espinosos ni caracolas de pétreo caparazón. Abría su enorme boca y ¡todo para adentro!

Hasta que al final sólo quedó en el mar un pececillo, uno solo, pero muy listo. Vivaracho, que así se llamaba, se colocó cerca de la oreja derecha de la ballena, pero manteniendo las distancias para no correr peligro.

Entonces la ballena se levantó sobre su cola y gritó: "¡Tengo hambre!".

—Noble y generoso cetáceo –le respondió Vivaracho con voz timbrada–, ¿no has probado nunca al hombre?

—No –contestó la ballena–, ¿qué sabor tiene? ¿A qué sabe?

—Está riquísimo, aunque algo correoso –le dijo Vivaracho.

—Ya me puedes traer unos cuantos –mandó la ballena.

—Con uno tendrás suficiente –dejó claro Vivaracho–. Si nadas hacia levante, encontrarás un ser dentro de un bote, vestido con pantalón azul de lona, un par de tirantes (no olvides los tirantes) y una navaja. Se trata de un marinero náufrago que, debo advertírtelo, es un hombre de una inventiva y una sagacidad infinitas.

La ballena nadó hacia levante; encontró el bote con el hombre y, sin pensárselo ni un segundo, abrió la boca inmensa y se tragó al marinero del pantalón azul de lona, los tirantes (¿habíais olvidado los tirantes?) y la navaja.

Cuando el marinero, hombre de grandes recursos y más listo que un delfín, se encontró en la barriga, los armarios oscuros y cálidos, de la ballena, empezó a saltar y a dar golpes con las manos y los pies, a morder y a arrastrarse, a gritar, a llorar, a gatear, a bailar, a suspirar y a golpear y mover cuanto encontraba a su alcance.

La ballena se puso muy nerviosa y le preguntó a Vivaracho:

—Este hombre es muy correoso y además me causa hipo. ¿Qué tengo que hacer?

—¡Haberlo pensado antes! –le respondió Vivaracho–. ¡Pues dile que salga!

Y la ballena le dijo al marinero:

—¡Oye, sal ahora mismo y pórtate bien, que me causas hipo! ¡Hip!

—Ni lo sueñes –contestó el marinero–, no voy a hacerte caso. Llévame a la costa donde nací, a los blancos acantilados, donde me espera mi madre, y entonces hablaremos.

Y saltó y bailó y se agitó con más fuerza todavía.

—Me parece que tendrás que llevarlo a su casa –aconsejó Vivaracho–; ya te dije que era un hombre de una gran inventiva y una portentosa sagacidad.

La ballena no tuvo más remedio que nadar y nadar con la fuerza de sus dos aletas y de la poderosa cola hasta llegar a los blancos acantilados y se acercó al litoral.

—Ya hemos llegado a tu playa –gritó la ballena en pleno ataque de hipo.

Solo pronunciar "pla" y el marinero salió disparado de la boca del cetáceo. Mientras la ballena había nadado a toda prisa hacia la costa, el marinero, hombre de gran ingenio y aguda inteligencia, con su navaja había convertido el bote en una barrera, lo había atado todo con un nudo muy fuerte usando los tirantes (ahora ya sabéis por qué no podíais olvidarlos) y con ellos había sujetado la barrera en la boca de la ballena.

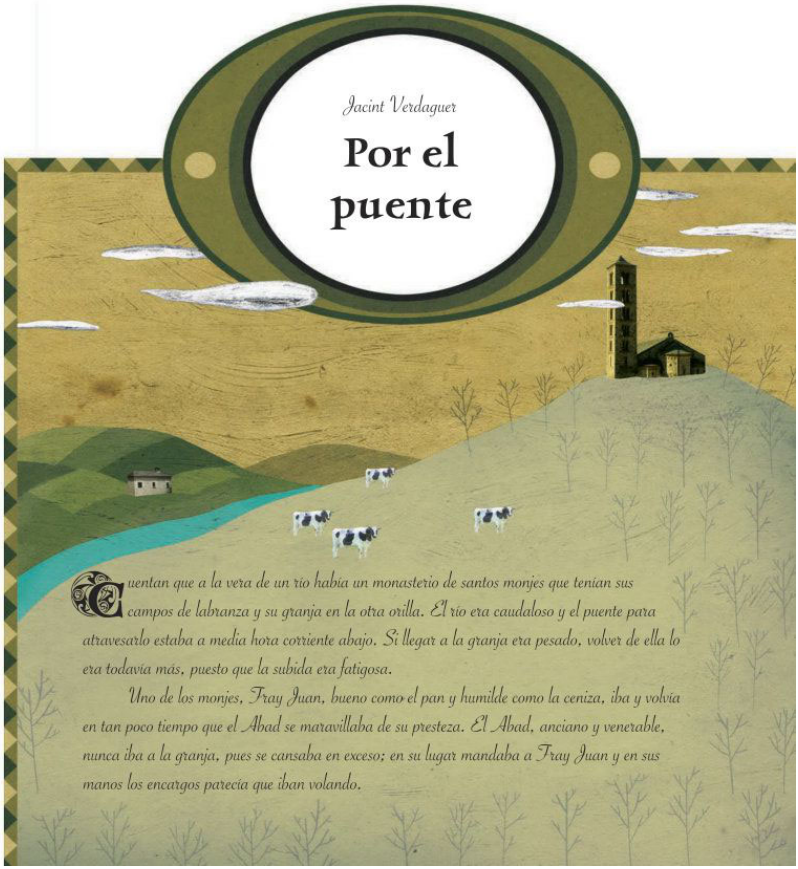
El marinero, que era irlandés, se fue a su casa a ver a su madre, se casó y fue muy feliz.

La ballena también fue feliz, pero desde aquel día, la barrera que llevaba en su boca la obligó a comer sólo peces muy chiquitos; es por ello que las ballenas ya no comen hombres ni muchachos ni niños.

Vivaracho corrió a ocultarse porque temía que la ballena estuviera muy enojada con él.

Cuando el marinero saltó a tierra se llevó la navaja; todavía llevaba el pantalón azul de lona. Los tirantes se quedaron en el interior de la ballena, claro. Y aquí termina este cuento.

El marinero era un hombre de recursos y sabía administrarlos con oportunidad. A mayor riesgo, mayor prudencia.



Jacint Verdaguer

Por el puente

Cuentan que a la vera de un río había un monasterio de santos monjes que tenían sus campos de labranza y su granja en la otra orilla. El río era caudaloso y el puente para atravesarlo estaba a media hora corriente abajo. Si llegar a la granja era pesado, volver de ella lo era todavía más, puesto que la subida era fatigosa.

Uno de los monjes, Fray Juan, bueno como el pan y humilde como la ceniza, iba y volvía en tan poco tiempo que el Abad se maravillaba de su presteza. El Abad, anciano y venerable, nunca iba a la granja, pues se cansaba en exceso; en su lugar mandaba a Fray Juan y en sus manos los encargos parecía que iban volando.

Un día el Abad le dijo a Fray Juan que le contara cómo se lo hacía para ir tan de prisa desde el monasterio a la granja.

—Es que Dios me ha hecho el favor de ir y venir sobre el agua –le respondió Fray Juan.

—¿Por qué Dios te ha hecho tal favor, Fray Juan? –repuso sorprendido el venerable Abad.

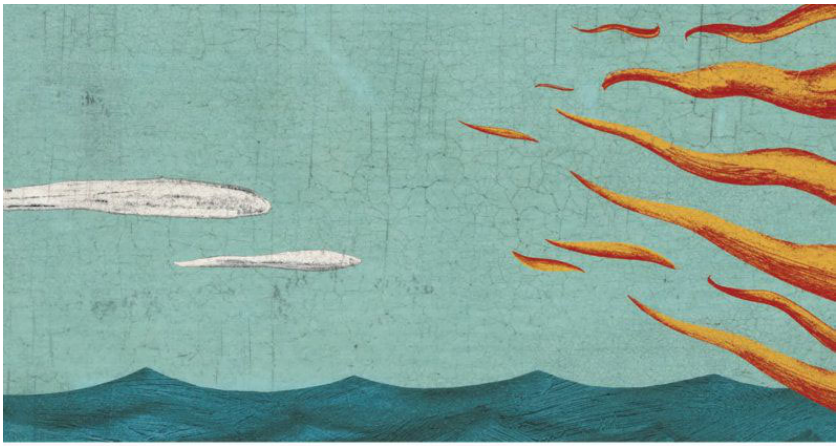
—Tal vez porque tengo mucha paciencia y nunca me enfado –dijo el monje en voz muy baja.

—¿Y yo no podría pasar también sobre el agua? –preguntó el Abad, recordando que tenía el genio vivo y la paciencia no era su mayor virtud.

—Espero que Dios también le conceda este favor si no se enoja en adelante –susurró el buen monje.

El Abad también obtuvo el favor de Dios porque desde aquel momento no se irritó ni perdió la paciencia. Iba a los campos y a la granja y volvía de ellos andando por encima de las aguas del río.

Si en alguna ocasión el Abad mostraba muestras de enfado, Fray Juan se apresuraba a recordarle: "Padre Abad, no se irrite; si no, tendrá que pasar por el puente". Y el Abad reprimía su cólera y recobraba la serenidad y la paciencia.



Un día muy caluroso de verano se oyó un grito: "¡Hay fuego en la granja! ¡Hay fuego en la granja!".

—Tenemos que ir por el camino corto, Fray Juan.

—Por él iremos, Padre Abad, pero sobre todo no se enfade; de lo contrario tendremos que ir por el puente.

—No pases cuidado, Fray Juan, me sabré contener.

Después de haber ayudado a los granjeros a apagar el fuego, cuando sólo quedaban brasas esparcidas, el Abad quiso conocer cuál era la causa de aquel desastre.

Los granjeros, muy avergonzados, le confesaron que sus hijos habían pegado fuego a los pajares, ya que andaban jugando con teas encendidas; el viento había hecho el resto.

El Abad, al oírlo, mudó su rostro, que tomó un aire severo, terrible, y montó en cólera como si se hubiera roto un dique por la fuerza del agua. Fray Juan le tiraba de la manga y le repetía: "No se irrite, por favor; si no, tendremos que pasar por el puente".

El Abad no le hizo ningún caso. Ni las súplicas de Fray Juan ni los tirones de hábito lo calmaron. Su genio vivo resurgió; no había muerto, sólo estaba oculto, como dormido. Su enojo

era tan grande que gritó, vociferó, dio patadas contra el suelo y llegó a amenazar con su bastón a los traviesos muchachos.

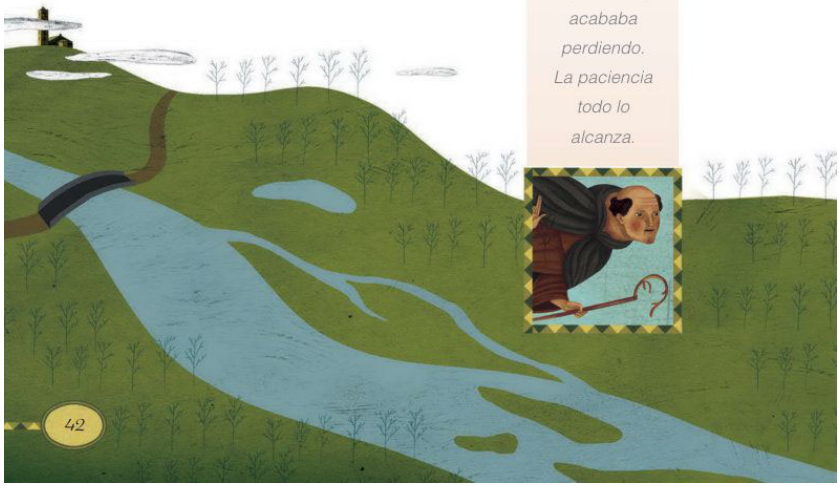
Al volver al monasterio, el Abad enfilaba ya el camino corto, cuando Fray Juan lo descartó diciéndole:

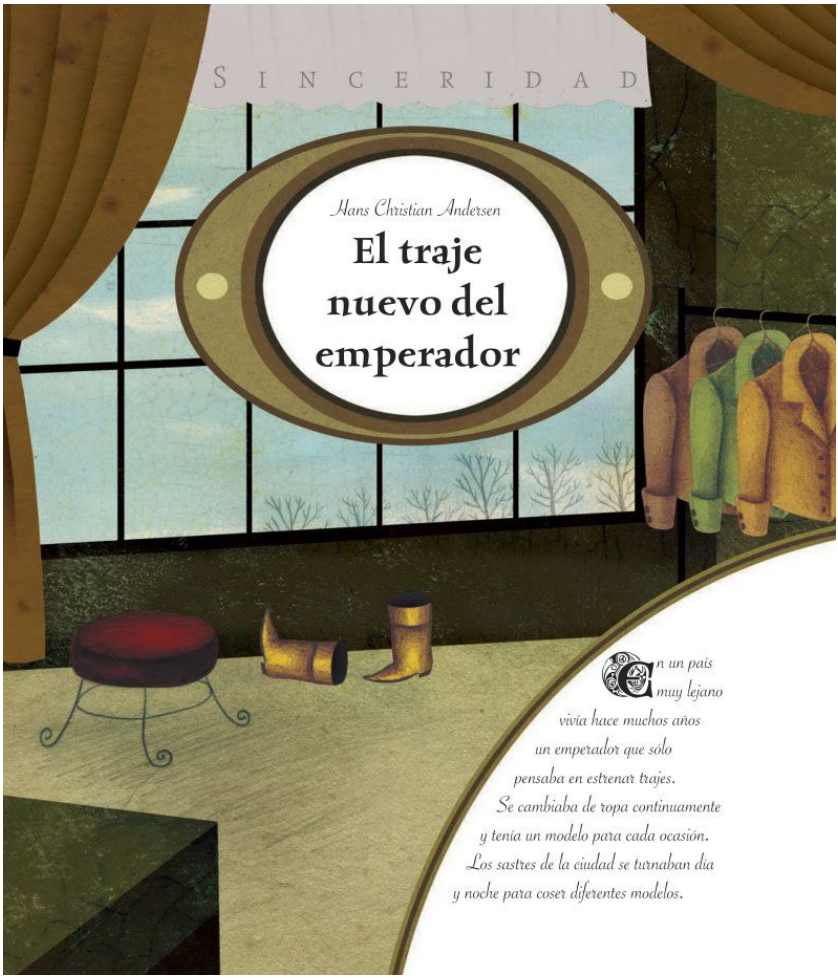
—Reverendo Padre Abad, hoy, puesto que se ha enojado, el agua no lo sostendrá; tendremos que ir por el puente.

Cuando la ira nos hace perder algún premio o alguna ventaja, como acontece a menudo, podemos recordar este cuento y decir resignados:

—Tendremos que ir por el puente.

Fray Juan era paciente y salía ganando; el Abad perdía la paciencia y acababa perdiendo. La paciencia todo lo alcanza.





En un país muy lejano vivía hace muchos años un emperador que sólo pensaba en estrenar trajes. Se cambiaba de ropa continuamente y tenía un modelo para cada ocasión. Los sastres de la ciudad se turnaban día y noche para coser diferentes modelos.

Diariamente visitaban el palacio comerciantes de todos los rincones del mundo para ofrecerle sus servicios.

Cierto día, dos bergantes fueron recibidos por el emperador porque hicieron correr la voz de que poseían un tejido tan fino y extraordinario, que sólo lo podían ver los que eran dignos del cargo que ocupaban, y era invisible para los estúpidos e ineptos. El emperador quedó maravillado del hallazgo, pues pensó que así desenmascararía a los necios de su reino y a los indignos de ocupar puestos importantes. Quiso que le confeccionasen un traje con la portentosa tela.

Los falsos sastres pidieron varias veces unos avances de pago en oro para comprar hilos y telares. El emperador se impacientaba, el reino entero conocía la noticia y todos estaban ansiosos por ver la obra acabada.

Un día el emperador mandó al primer ministro, un hombre que gozaba de toda su confianza, a ver cómo andaba la confección del traje. El ministro no vio nada; pero se abstuvo de dar esta información al emperador por miedo a que creyera que era necio e incapaz de ocupar el cargo.

Unos días más tarde, el emperador se presentó en el taller de los tejedores y sastres. Cuando le mostraban los pantalones, la camisa, la casaca, el chaleco… él no veía nada. Pero pensó: "Quizá soy indigno de dirigir al pueblo que se me ha encomendado". Por ello permaneció callado; se miró al espejo, anduvo con gran elegancia como si llevara el mejor de los trajes, y recompensó de nuevo a los sastres.

El día escogido para el estreno de la maravillosa vestidura fue el del aniversario de su ascensión al trono. Y así fue cómo al emperador, en la víspera del desfile y de la fiesta, le hicieron creer que habían estado trabajando toda la noche: fingían sacar telas, enhebrar agujas sin hilo... y al amanecer anunciaron:

—Majestad, el traje está a vuestra disposición.

Cuando el emperador entró en los talleres, los dos bribones gesticulaban con las manos, y hablaban sin parar de las virtudes de la vestimenta:

—¿Habéis visto jamás unos pantalones de una tela tan fina y preciosa como ésta? ¿Y la casaca, Majestad, cargada de oro y piedras preciosas, pero ligera como una pluma...? Cuando os hayáis vestido –añadió uno de ellos–, os sentiréis como si no llevaseis nada puesto.

—Majestad, ¡os ayudaremos a vestiros! –dijeron al unísono.

Desnudaron al emperador y fueron poniéndole el traje que nadie veía.

Iniciado el desfile del emperador, los camarlengos, que hacían como si llevasen la cola de una larga capa, pretendían que el pueblo no sospechara que eran unos farsantes. Pero también el pueblo, temeroso, gritaba:

—¡Qué vestido tan hermoso viste nuestro emperador! ¡Le cae de maravilla!

Pero, de repente, entre la multitud, se oyó un grito y unas carcajadas estrepitosas:

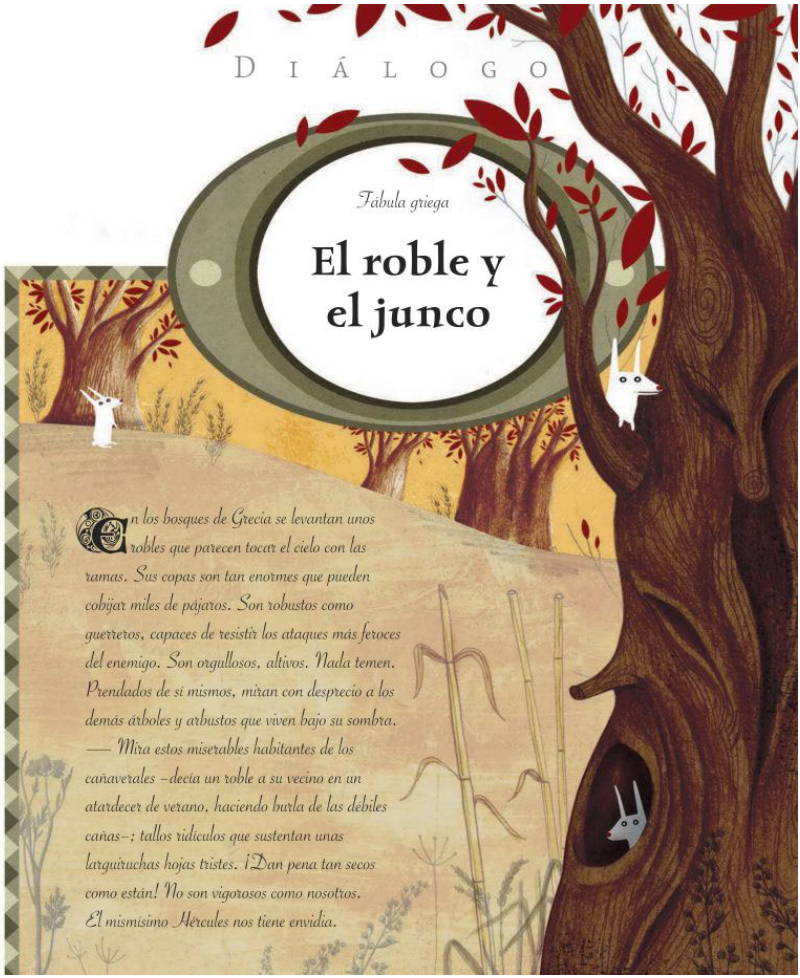
—¡No lleva nada puesto! ¡Va completamente desnudo! ¡El emperador va desnudo! Ja, ja, ja... –gritaba un niño.

El crío no paraba de chillar, y como un mal que se contagia, todos los ciudadanos repitieron

a voz en grito y sin temor las palabras del rapaz.

El emperador se sintió engañado por los dos bribones, pero no mudó el paso ni se inmutó su rostro; continuó muy digno el desfile mientras iba pensando el modo de escarmentar a todos los que habían seguido la farsa.

Sólo el niño, que no tenía nada que perder, habló con sinceridad; los demás mentían por interés. No podríamos vivir rodeados de mentiras.



Fábula griega

El roble y el junco

En los bosques de Grecia se levantan unos robles que parecen tocar el cielo con las ramas. Sus copas son tan enormes que pueden cobijar miles de pájaros. Son robustos como guerreros, capaces de resistir los ataques más feroces del enemigo. Son orgullosos, altivos. Nada temen. Prendados de sí mismos, miran con desprecio a los demás árboles y arbustos que viven bajo su sombra.

—Mira estos miserables habitantes de los cañaverales –decía un roble a su vecino en un atardecer de verano, haciendo burla de las débiles cañas–; tallos ridículos que sustentan unas larguiruchas hojas tristes. ¡Dan pena tan secos como están! No son vigorosos como nosotros. El mismísimo Hércules nos tiene envidia.

—Dices bien, forzudo hermano –respondía el compañero–; no hay en el bosque árboles tan valientes como nosotros. No cederíamos ante ningún embate. Nos mantendríamos firmes como luchadores invencibles. Nuestras ramas son recias. Además, las bellotas nutren a muchos animales que corretean a nuestro alrededor.

Y ambos contemplaban con satisfacción su enorme tronco, su ramaje de hierro, sus hojas duras y bellamente diseñadas. Mientras, al lado del riachuelo que regaba aquel rincón del bosque, las cañas también sostenían una resignada conversación entre ellas. Se decían unas a otras:

—¡Quién pudiera ser como los robles! Nosotras somos débiles. Ni siquiera tenemos ramas donde los pájaros puedan anidar. De nuestros troncos huecos no se puede sacar madera. No producimos frutos para alimentar a ningún animal del bosque. Valemos muy poco. Cualquiera se atreve a zarandearnos a su gusto.

¡Pero cuán fácil es que la rueda de la fortuna cambie lo que parece más inmutable!

Unos nubarrones oscuros asomaron por encima de los montes que cerraban el paisaje por el norte. El cielo, azul hasta entonces, se fue cubriendo con un manto gris y amenazador. Empezó a silbar el viento como el presagio que antecede las tormentas, como la trompeta que anuncia la proximidad de las tropas que devastarán pueblos y ciudades. Brilló un relámpago deslumbrador y retumbó un trueno que pareció quebrar las rocas de granito.

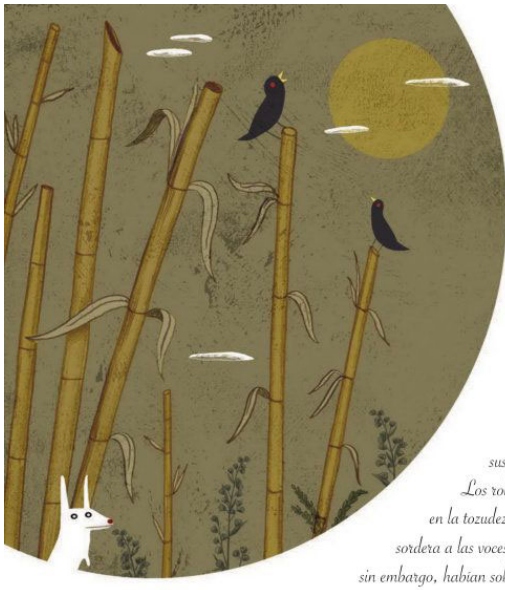
La tempestad se abatió sobre las montañas y el valle. Ráfagas huracanadas sacudieron árboles y matorrales. Un ciclón levantaba torbellinos de ramas y hojarasca; el bosque entero bailaba una danza enloquecida. Cielo y tierra se estremecían.

Los orgullosos robles resistían y no querían ceder ante el terrible ímpetu del huracán. Se mantenían en pie mientras la borrasca se arremolinaba en sus copas y quebraba y arrojaba sus ramas y esparcía las bellotas lejos, muy lejos, hasta perderse de vista.

Las cañas también eran agitadas violentamente por la tempestad. Se doblaban hacia delante y hacia atrás. El vendaval, como un enorme peine, las alisaba y las levantaba en un vaivén quimérico como si meciera una cabellera de juncos. Ellas se dejaban zarandear como si mantuvieran una apasionada conversación con el ventarrón; tan pronto afirmaban con vehemencia como negaban con contundencia.

Durante el atardecer y toda la noche estuvieron luchando el bosque y el viento un duro combate. La tregua llegó al amanecer. La aurora trajo consigo el sosiego.

Cuando el sol se asomó por levante, contempló el bosque ya calmado a través del aire transparente que sigue a las grandes tormentas. Vio a los enormes robles tronchados de cuajo, esparcidos en pedazos desiguales por el suelo encharcado, como cíclopes derrotados. Y divisó al lado de los torrentes a las cañas que se mantenían en pie secándose las gotas



que aún brillaban sobre
sus tallos elásticos.
Los robles habían hallado su desgracia
en la tozudez de sus troncos y en su pedante
sordera a las voces de la tempestad. Las cañas,
sin embargo, habían sobrevivido gracias a su flexibilidad,
habían dialogado con el viento.

La caña supo dialogar con el viento; el roble quiso resistirle con su orgullo sordo. Hablando se entiende la gente.

Cuento popular ruso

Sujman, el héroe

Todo era alegría y fiesta en el palacio del príncipe Vladimiro; era sin ninguna duda el palacio más bello de toda la ciudad de Kiev. Todas las noches se reunían en torno a él nobles y caballeros y, en medio de algarabía y vasos de vodka, contaban con orgullo sus gestas guerreras. La ciudad de Kiev, al sur del imperio de los zares, era el centro de la cultura y también del valor militar.

Había, sin embargo, un noble de porte taciturno que se limitaba a escuchar las bravatas de los demás, pero él permanecía callado. Su talante reservado llamó la atención de Vladimiro, quien le preguntó ante la concurrencia por qué no quería narrar sus hechos heroicos como lo hacían sus compañeros. Sujman, éste era su nombre, respondió:

—Alteza, permítame que en vez de hablar de mi pasado lo haga de mi futuro.

Tal respuesta atrajo la curiosidad del príncipe y de todos los guerreros. Sujman prosiguió:

—Pretendo cazar un cisne blanco y dejarlo en sus brazos, príncipe Vladimiro, sin haberle

causado ninguna herida. Ni una sola de sus plumas estará teñida de sangre; ni una sola mancha estropeará su plumaje inmaculado.

—Tal hazaña es imposible –contestó, incrédulo, el príncipe–; pero tomo tu palabra y espero poder contemplar este prodigio.

Sujman se marchó y anduvo una semana buscando un cisne blanco.

Por fin, llegó a la orilla del río Nepra, considerado por los habitantes de Kiev como el padre protector de la ciudad y de sus campos; gracias a él las cosechas eran abundantes y grande la riqueza del país. Sus aguas eran siempre transparentes; ahora, sin embargo, bajaban turbulentas, llenas de lodo; troncos y trozos de cuerda flotaban caóticamente aquí y allá.

Sujman preguntó al río a qué se debía aquel estado tan lamentable de sus aguas:

—Los tártaros, vuestros enemigos, están apostados en la otra orilla y a diario construyen puentes con maderos para atacaros y saquear vuestra ciudad. Ahogo mis aguas por la noche, se los destruyo y los arrastro cauce abajo. Mis fuerzas se van agotando y temo que no pueda frenar su ímpetu por muchos más días. Sólo tú, valeroso Sujman, podrás detenerlos –respondió el río.

Ahora podría demostrar a Vladimiro su valor y el amor a su patria. Atravesó el río con su caballo como si volara sobre las aguas, arrancó de cuajo un roble corpulento y, blandiéndolo como una maza de guerra, destrozó al ejército tártaro. No hubo ningún guerrero que pudiera oponer resistencia al torbellino poderoso de Sujman. Las heridas de su cuerpo no detuvieron su bravura; terminado el combate, se las lavó y las cubrió con hojas de amapola y hierbas medicinales.

A la mañana siguiente se presentó ante el príncipe, quien le reclamó el cisne blanco sin mancha alguna de sangre. Sujman reconoció no haber podido cumplir su promesa, pero le dijo que había salvado Kiev de la destrucción. Vladimiro, desconfiando de su palabra, le insultó y le mandó encerrar en el calabozo por infiel y mentiroso. Envió, sin embargo, a un servidor a comprobar si las palabras de Sujman eran verdaderas. Partió el criado hacia el río Nepra. Regresó al cabo de dos días y confirmó que había visto cuarenta mil hombres tendidos en la orilla y un enorme roble en medio de ellos.

Vladimiro sacó de la prisión a Sujman y le prometió toda clase de honores y recompensas. Pero el noble Sujman le respondió:

—Alteza, no confió en mi palabra. Ahora es ya demasiado tarde. No puedo seguir viviendo en su palacio.

Se dirigió hacia el Nepra; arrancó las hojas de amapola y las hierbas medicinales con que había cubierto sus heridas y murió dulcemente. Su sangre se convirtió en el río Sujman, que corre como un hermano gemelo del Nepra.

Vladimiro no confió en Sujman; ya no fue posible que convivieran felices. Tengamos confianza en nosotros mismos y en los demás.

Hans Christian Andersen

El soldadito de plomo

Eranse una vez veinticinco soldaditos de plomo, con su fusil sobre el hombro y un uniforme colorado y azul. Todos eran iguales, parecían hermanos; mejor dicho, todos no; había uno que tenía una sola pierna. Era el último que habían fundido

y no quedó plomo bastante para la otra pierna. Sin embargo, se mantenía firme como si tuviera las dos. Este regimiento de plomo era el regalo de cumpleaños de un niño, el cual en seguida los alineó sobre la mesa formando un gallardo desfile. El soldadito cojo era el último de la fila.

También colocó muchos otros juguetes; entre ellos un soberbio castillo, ante cuya puerta había una bailarina de papel con una estrella dorada en su pecho. Como se sostenía sobre una sola pierna, puesto que la otra estaba graciosamente levantada, nuestro soldadito creyó que también era coja como él.

—Ésta es precisamente la esposa que necesito –pensó–, pero ella vive en un palacio; en cambio, mi casa es sólo una caja de cartón.

Por la noche, cuando los juguetes salen de sus rincones y juegan y bailan sin cesar, sólo permanecieron quietos en su sitio la bailarina y el soldadito; éste no desvió su mirada de la bailarina ni un segundo.

Al sonar las campanadas de las doce, todos volvieron a sus lugares de descanso y de nuevo el silencio reinó en la amplia sala.

Al día siguiente, cuando los niños de la casa se hubieron levantado, volvieron a jugar con el ejército de plomo. Pusieron al soldadito cojo sobre el alféizar de la ventana; una ráfaga de viento la abrió de repente y cayó a la calle desde una altura de tres pisos. Quedó clavado por el fusil entre los adoquines de la calle, cabeza abajo. Bajaron los niños y su madre y, a pesar de que lo buscaron un buen rato, no supieron dar con él. El soldadito hubiera podido gritar socorro, pero consideró que era indigno del uniforme que llevaba.

El cielo se oscureció con nubarrones espesos; empezó a llover y lo hizo con tal fuerza que el agua arrastró al soldadito calle abajo.

Dos muchachos que lo vieron dijeron entre ellos:

—Un soldado de plomo; está cojo; como no puede andar, lo haremos navegar.

Con una hoja de periódico construyeron un barco de papel, pusieron en él al soldadito, que se mantuvo erguido a pesar de las sacudidas y tropiezos.

—¡Si por lo menos me acompañara mi bailarina, me sentiría menos solo! –suspiró cuando entró en una oscura cloaca. Allí una rata, fea y peluda, lo quería parar chillando:

—¡Detenedlo, detenedlo!, no lleva pasaporte, ¡no lo dejéis pasar!

Y lo persiguió un buen rato hasta que lo dio por perdido.

El soldadito oyó entonces el ruido horrible de una cascada, era la que formaba el agua al caer al río. Se precipitó por ella entre espuma y salpicones. El agua le llegaba al cuello, el papel se deshacía; y en aquel momento recordó la bella bailarina, cuyo rostro no volvería a contemplar jamás.

Cuando se hundía, un pez enorme se lo tragó.

La oscuridad era total; el espacio, estrecho, agobiante; sin embargo no soltó su fusil ni perdió la compostura.

Después de largo tiempo de sufrir aquella situación espantosa, se hizo la luz de golpe. Una cocinera había abierto el pez y exclamaba sorprendida:

—¡Mirad, niños, mirad, este pescado tiene un soldadito de plomo en su barriga!

Qué cosas tan raras tiene la vida: el soldadito se halló sobre la mesa de donde había salido, acompañado por sus compañeros de tropa

y de los demás juguetes; y, claro está, de la bailarina sostenida ágilmente sobre una pierna. Pero al ver que era el soldadito cojo, los niños lo cogieron y lo echaron a la chimenea encendida. El soldadito se iluminó de un rojo vivo y sintió un calor horroroso, no sabía si por el fuego o por el amor. Miró a su amada bailarina hasta que su cuerpo comenzó a fundirse.

De sopetón, se abrió la puerta y una racha de viento levantó a la bailarina, que voló por el aire como una silfide hasta caer en la chimenea al lado del soldadito fiel. La bailarina se convirtió en seguida en una llama luminosa, brillante.

Al día siguiente, cuando la criada sacó las cenizas de la chimenea para hacer la limpieza, encontró un trocito de plomo y, pegada a él, una estrella ennegrecida por el fuego, pero que conservaba todavía algunos reflejos dorados.
No pudo separarlos de forma alguna.

Ocurriera lo que ocurriera, el soldadito de plomo se mantuvo fiel al amor de la bailarina. Un amigo fiel es un tesoro.

Oscar Wilde

El príncipe feliz

En lo alto de la ciudad se levantaba, sobre un pedestal, la estatua del príncipe feliz. Estaba toda ella recubierta de láminas de oro fino; sus ojos eran dos zafiros rutilantes y un enorme rubí escarlata brillaba en la empuñadura de su espada. Decía la gente de la ciudad al pasar:

—¡Qué estatua tan bella!

—¡Quién pudiera ser como el Príncipe Feliz!

—¡Parece un ángel!

En un atardecer de otoño, una golondrina, enamorada de un junco que siempre se inclinaba para saludarla, emprendió un largo viaje hacia Egipto, la tierra de los faraones y las pirámides. Cuando llegó a la ciudad, agotada por el trayecto y el viento hostil, fue a buscar cobijo a los pies de la estatua del Príncipe Feliz. "Estoy en un salón dorado", se dijo con voz muy suave.

Apenas había conciliado el sueño cuando sintió que una gruesa gota le caía sobre las alas. "Es curioso, el cielo está lleno de estrellas y empieza a llover; al junco también le gustaba la lluvia", pensó. Otra gota... y otra... y otra. Ya se disponía a levantar el vuelo. "¿De qué sirve una estatua si no protege de la lluvia? Me cobijaré en el alero de la casa más cercana", pensó. Levantó los ojos. Se fijó en los del Príncipe Feliz y vio que estaban arrasados en lágrimas.

—¿Quién eres?

—Soy el Príncipe Feliz.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—Cuando vivía y tenía un corazón humano no conocía el dolor. Disfrutaba, bailaba, vivía en una fiesta continua. Los muros de mi palacio no dejaban penetrar la miseria ni la desgracia. Ahora, me han colocado tan alto que puedo contemplar todas las fealdades y miserias de mi ciudad. Aunque mi corazón es de plomo, no tengo más remedio que llorar todas las noches.

—Creía que tu corazón también era de oro –dijo la golondrina, ligeramente desconcertada.

—En aquella callejuela estrecha y húmeda –siguió diciendo el Príncipe Feliz–, detrás de la ventana abierta, una mujer está cosiendo afanosamente un vestido para una dama noble. El hijo de la pobre mujer está enfermo y lo consume la fiebre y pide una naranja para calmar su sed. ¿No querrías llevarle el rubí del puño de mi espada? Yo no puedo mover los pies del pedestal.

La golondrina alegó que tenía que seguir su viaje hacia Egipto, que el frío empezaba a arreciar y que los niños no le gustaban demasiado porque a veces le tiraban piedras y destruían su nido. Ante los ruegos del Príncipe Feliz accedió a quedarse aquella noche para cumplir con el encargo. Arrancó el bellísimo rubí con su pico. Voló por encima de la catedral, atravesó el río, pasó rozando el palacio real lleno de luz y de música. Llegó al barrio más humilde de la ciudad. Entró por la ventana abierta a la casa del enfermo y dejó el rubí sobre el dedal de la cosedora. Antes de irse, batió sus alas sobre la cara del niño para darle frescor.

—¡Qué raro, ya no tengo tanto frío! –dijo la golondrina al volver a la estatua del Príncipe Feliz.

—Esto es porque has hecho una buena acción; gracias por tu generosidad –le respondió.

De madrugada, cuando la golondrina hubo dormido, le dijo de nuevo el Príncipe Feliz:

—Golondrina, pequeña golondrina, al otro lado de la ciudad hay un joven escritor que debe terminar una obra de encargo antes del mediodía y está aterido de

frío porque es pobre y no tiene leña para encender la lumbre. Toma un zafiro de mis ojos y llévaselo; el joven lo venderá a un joyero y podrá comprar combustible y terminar su obra.

Después de leves protestas, la golondrina cumplió la petición.

Al día siguiente, por la tarde, cuando se dirigió a la estatua para despedirse antes de proseguir su viaje hacia Egipto, oyó la dulce voz del Príncipe Feliz que le susurraba:

—Golondrina, allí en la plaza hay una pobre vendedora de cerillas; todas se le han caído en el barro y no las podrá vender. Por favor, toma el otro ojo y llévaselo para que no muera de hambre.

También lo hizo la golondrina. Al volver y antes de dormirse a sus pies le contó los remotos países que había visitado en sus viajes de otoño y de primavera.

—Esto es verdaderamente maravilloso –respondió el Príncipe Feliz–, pero aún lo son más las penas que padecen los hombres y las mujeres. El mayor misterio es la miseria. Sobrevuela la ciudad, mira y vuelve para contarme todo lo que hayas visto.

A su regreso le fue contando toda la riqueza y lujos que había contemplado, y toda la miseria y dolor que sus ojos habían visto.

—Estoy recubierto de láminas de oro puro –le dijo el Príncipe Feliz–. Por favor, arráncamelas una por una y distribúyelas entre los necesitados, ya que la gente piensa que el oro otorga la felicidad.

Lámina por lámina, la golondrina cumplió el deseo del Príncipe Feliz.

—¡Ya tenemos pan! –gritaban los muchachos por la calle.

La alegría llenaba los hogares más humildes de la ciudad.

Tantos días empleó la golondrina en aquel generoso quehacer que las nevadas y los hielos cayeron sobre la ciudad. Las calles parecían pavimentadas de plata. Los niños y las niñas se deslizaban en trineos por plazas y ribazos. Aterida de frío, se dirigió, como cada anochecer, a los pies del Príncipe Feliz. Le musitó en voz baja:

—¡Adiós, amado Príncipe! Deja que bese tu mano.

—Me alegra saber que por fin vas a Egipto. Te agradezco este largo tiempo que has estado conmigo y la felicidad que has repartido por la ciudad –dijo el Príncipe Feliz.

—No voy a Egipto. Voy a morir dulcemente a tus pies.

Se besaron y murió con una sonrisa en los ojos.

A la mañana siguiente, cuando el alcalde de la ciudad, acompañado de sus consejeros, pasó por delante de la estatua, la vio estropeada y ennegrecida, sin piedras preciosas. Y por añadidura con una golondrina muerta sobre el pedestal.

— Parece la estatua de un mendigo –gritó el alcalde–; la haré derribar y en su lugar levantaré una estatua en mi honor.

Cuando los fundidores derretían la estatua, el capataz observó en voz alta:

— ¡Qué extraño! No hay modo de fundir ese corazón de plomo. Tendremos que arrojarlo a la basura. Y así lo hizo; en la basura también se encontraba una golondrina muerta.

Y Dios ordenó a un ángel:

— Tráeme las dos cosas más preciosas de la ciudad.

Y el ángel le llevó el corazón de plomo y la golondrina muerta.

— Has elegido perfectamente –dijo Dios–, porque en los jardines de mi paraíso este pájaro gorjeará eternamente y, en mi ciudad de oro, el Príncipe Feliz cantará para siempre.

El Príncipe Feliz se entregó entero para hacer felices a los demás. Es mejor dar que recibir.

Fábula

El consejo de las ratas

—¡*No podemos seguir con este tormento diario!* –*gritaba Bigotes Largos, la rata más chillona de todo el vecindario.*

——*Ese miserable gato Micifuz se come cada día a una de nosotras y, según qué días, engulle otra de postre y, de cuando en cuando, otra de aperitivo; esto es intolerable* –*gritó airada Patas Delicadas, imitando con sus gestos los del gato.*

——*Llegará un momento, y será muy pronto, que no podremos ni siquiera salir de nuestras guaridas para saborear un pedacito de queso ni un cachito de jamón* –*añadió Morrito Puntiagudo con voz estridente.*

Las ratas se habían reunido en junta solemne para decidir qué tenían que hacer ante el peligro mortal que representaba para todas ellas el gato malévolo, devorador terrible de ratas y ratones, ratitas y ratoncitos.

—Tengo una idea maravillosa –dijo con voz imponente Rabo Peludo, la rata más vieja de toda la tribu ratuna–. Deberíamos encontrar entre todos un medio eficaz que nos avisara a tiempo cuando Micifuz se acercara y así tendríamos oportunidad de huir y ponernos a salvo.

Una explosión de aplausos sacudió la caverna subterránea donde se había reunido la asamblea de las ratas.

—¡Excelente, excelente!, ¡genial, genial!, ¡extraordinario, extraordinario! –resonó un clamor unánime y repetido.

—El gato criminal ya no nos atemorizará nunca más. ¡Viva Rabo Peludo!

—¡Bien se la vamos a jugar a este felino matarratas!

—Nos vamos a reír de Micifuz ante sus propios bigotes.

Después de haber impuesto silencio con un gesto enérgico de sus patas delanteras, Rabo Peludo tomó de nuevo la palabra para hacer esta propuesta:

—¿Os parece bien que le pongamos un cascabel al gato?

Mil veces se oyó la palabra sí por todos los rincones de la caverna, sí, sí, sí, sí... y una inmensa salva de aplausos.

—Por fin podremos estar tranquilas con nuestros ratoncitos.

—Cantaremos, bailaremos, saldremos de excursión, organizaremos banquetes, tomaremos el sol, nos enamoraremos a la luz de la luna, nos divertiremos de verdad...

En seguida se pusieron manos a la obra: unas fueron a la tienda de la esquina a robar un cascabel; otras tomaron trozos de cinta de los cajones de la mercería del cabo de la calle y los ataron entre sí para que diera la vuelta al cuello de Micifuz. El cascabel quedó realmente espléndido, era brillante y sonoro; la cinta, chillona y fuerte.

Cuando se reunió otra vez la junta, Rabo Peludo presentó el resultado de su idea y del trabajo de todas. Grandes aplausos de nuevo; felicitaciones y abrazos; besos y roce de bigotes.

Por fin se habían librado del gato feroz.

—Bien –dijo Rabo Peludo con voz calmosa y mirando a toda la concurrencia–, ¿quién le pondrá ahora el cascabel al gato?

Se hizo un silencio sepulcral en la reunión. La rata vieja fue preguntando uno a uno quién quería atarle el cascabel.

—Mi vista no es demasiado buena y tal vez no acertaría –alegaba una con voz quebrada.

—A veces me tiemblan algo los dedos y no podría anudar bien el lazo –rezongaba otra, dirigiendo la vista al suelo.

—La verdad, tengo miedo de no correr bastante y que Micifuz me alcance con sus garras –se excusaba la de más allá.

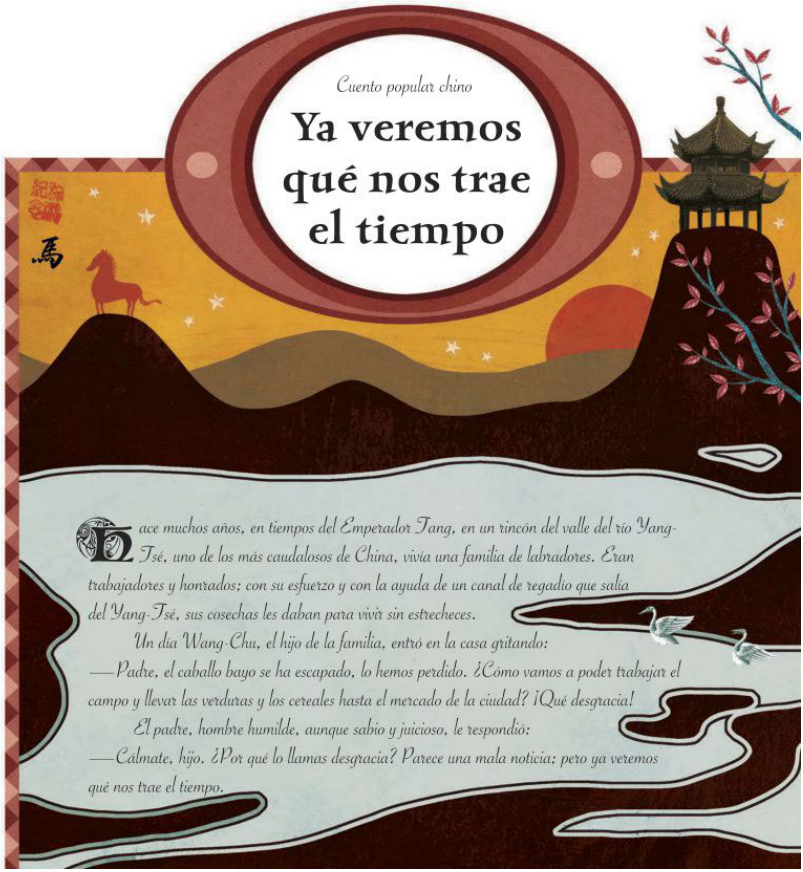
Una tras otra, jóvenes y mayores, gordas y flacas, dieron sus buenas razones por las que no podían acometer tal proeza.

A la vista del resultado, se separaron y volvieron a sus madrigueras.

Todos estaban de acuerdo en una cosa: un cascabel era el mejor remedio para que no se las comiera el gato.

Pero quedaba un detalle insignificante por concretar: ¿Quién pondría el cascabel al gato?

Ésta es la pregunta de verdad:
¿Quién pondrá el cascabel al gato?
Es muy fácil hablar; lo importante, y a veces difícil, es hacer.



Cuento popular chino

Ya veremos qué nos trae el tiempo

Hace muchos años, en tiempos del Emperador Tang, en un rincón del valle del río Yang-Tsé, uno de los más caudalosos de China, vivía una familia de labradores. Eran trabajadores y honrados; con su esfuerzo y con la ayuda de un canal de regadío que salía del Yang-Tsé, sus cosechas les daban para vivir sin estrecheces.

Un día Wang-Chu, el hijo de la familia, entró en la casa gritando:

—Padre, el caballo bayo se ha escapado, lo hemos perdido. ¿Cómo vamos a poder trabajar el campo y llevar las verduras y los cereales hasta el mercado de la ciudad? ¡Qué desgracia!

El padre, hombre humilde, aunque sabio y juicioso, le respondió:

—Calmate, hijo. ¿Por qué lo llamas desgracia? Parece una mala noticia; pero ya veremos qué nos trae el tiempo.

Al poco tiempo, el caballo volvió acompañado de una hermosa yegua salvaje. La alegría del muchacho fue doble: habían recuperado su alazán y tenían una nueva ayuda para su labor.

—¡Qué suerte hemos tenido, padre! Ahora serán dos los caballos que trabajarán en los campos y en el transporte –exclamó el joven con entusiasmo.

— ¿Por qué lo llamas suerte? Parece cosa muy buena, sí; pero ya veremos qué nos trae el tiempo –repuso de nuevo el padre mirando a lo lejos.

Una mañana Wang-Chu quiso subirse a la yegua para dar un paseo por la vega, pero apenas había dado unos pasos, cuando el animal, que no estaba acostumbrado a sentir el peso de ningún jinete en sus lomos, se encabritó, pegó unos brincos y el chico fue a dar de bruces en el suelo.

Un dolor muy fuerte en la pierna derecha le hizo temer lo peor. Se la había roto.

—¡Qué mala suerte! Tendré que estar unas semanas con la pierna enyesada y no podré trabajar en el campo. ¡Qué desgracia tan grande! –gimoteaba Wang-Chu tirándose del pelo.

—¿Por qué lo llamas mala suerte? ¿Por qué lo consideras una gran desgracia? No te dejes vencer por el desánimo, hijo mío –le repetía su padre–. Ya veremos qué nos trae el tiempo. Los dioses escriben recto con líneas torcidas.

El Emperador Tang, que era un soberano valiente y ambicioso, entró en guerra con los reyes vecinos para apoderarse de sus tierras y aumentar así su poder y riqueza. Patrullas de soldados recorrían ciudades, pueblos y aldeas para reclutar a todos los jóvenes hábiles para la guerra y alistarlos en el ejército imperial.

Llegaron también al rincón del valle del río Yang-Tsé y llamaron a la puerta de la casa de la familia Chu mientras tomaban la comida del mediodía.

Vieron al anciano padre y juzgaron que, por su edad, ya no era útil para las armas.

—Tú, muchacho, levántate y ven con nosotros. Su Majestad te necesita para que sirvas en las tropas imperiales. Toma el petate con tu ropa y síguenos en seguida –gritaron los soldados a Wang-Chu al verlo tendido en la cama. Éste les mostró la pierna entablillada y enyesada.

教
練

—Ved cómo está mi pierna. No sólo sería de poca utilidad para las huestes del Emperador, sino que les sería un estorbo.

No puedo andar si no es con la ayuda de las muletas. Por lo menos debo estar en reposo durante un mes. Os ruego que me dejéis en mi casa. Rezaré a los dioses inmortales por el éxito de las campañas del Emperador.

Los soldados no tuvieron otro remedio que dejarlo en paz. Tomaron unas provisiones, comida y bebida, que la familia Chu les procuró para el camino y partieron hacia otras aldeas del valle.

—¿Te has dado cuenta, hijo mío? –le dijo su padre cuando los militares se hubieron alejado–. Ya has visto lo que nos trae el tiempo. A veces lo bueno se vuelve malo y lo malo, bueno. Hay que esperar siempre al día de mañana. Entonces descubriremos la escritura recta de los dioses.

Wang-Chu se desanimaba demasiado pronto; su padre confiaba a pesar de los pesares. Sólo la esperanza nos hace vivir.

Cuento popular norteamericano

La aventura del tranvía Dring

Había una vez un tranvía pequeñito llamado Dring. Le dieron este nombre porque así sonaba el tintineo de su campana para avisar a los viajeros y para alertar a los transeúntes. Era tan pequeño que no lo dejaban circular por las calles de la ciudad porque corría el peligro de que los grandes camiones y autocares lo pudieran atropellar; el tráfico se había puesto muy difícil. Se moría de ganas de correr por la vía como antes lo hacía, de hacer sonar la campana, de saludar a los niños y de llevar de una parte a otra a todos los que lo necesitaran. El tranvía Dring estaba muy triste. Por falta de uso, su campana enronqueció,

el color amarillo con el que estaba pintado se desvaneció y los hierros se oxidaron. Daba pena. El capataz de la cochera decidió venderlo como chatarra; algo sacaría de provecho.

Se enteraron de ello los enanitos eléctricos. ¿Sabéis quiénes son? Pues son aquellas chispas que saltan y corren por los cables; a veces también bailan entre las ruedas y la vía; incluso se atreven a pegar brincos entre las herramientas de los operarios que reparan los vagones. Los hay azules, blancos, rojos; todos ellos son muy brillantes y veloces. Por la noche se reunieron en la cochera para ayudar al tranvía Dring.

—Hemos venido para ponerte de nuevo en marcha. Entraremos en tu motor y volverás a moverte. Cuando vengan para convertirte en chatarra no te van a encontrar. Todos nosotros estamos convencidos de que todavía puedes ser muy útil. Ya lo verás.

Un montón de enanitos eléctricos se introdujeron en los motores y comenzaron a poner en marcha aparatos y engranajes; otros se metieron en los cojinetes de las ruedas y sacaron todo el moho que se había acumulado en ellos y los engrasaron; unos cuantos se encargaron de limpiar y sacar brillo a la campanilla para que recuperara su sonido de plata; y algunos se subieron al extremo del trole para pulir la rueda de contacto con el cable. Entre todos lo dejaron como nuevo.

El pequeño tranvía Dring emprendió su viaje por las calles de la ciudad; los niños lo saludaban, los jóvenes se asomaban a las ventanas para verlo, la gente mayor se quedaba asombrada, a los ancianos se les humedecían los ojos porque su presencia les traía muy buenos recuerdos.

En la acera vio a una niña rubia que lloraba desconsolada y Dring le preguntó qué le ocurría.

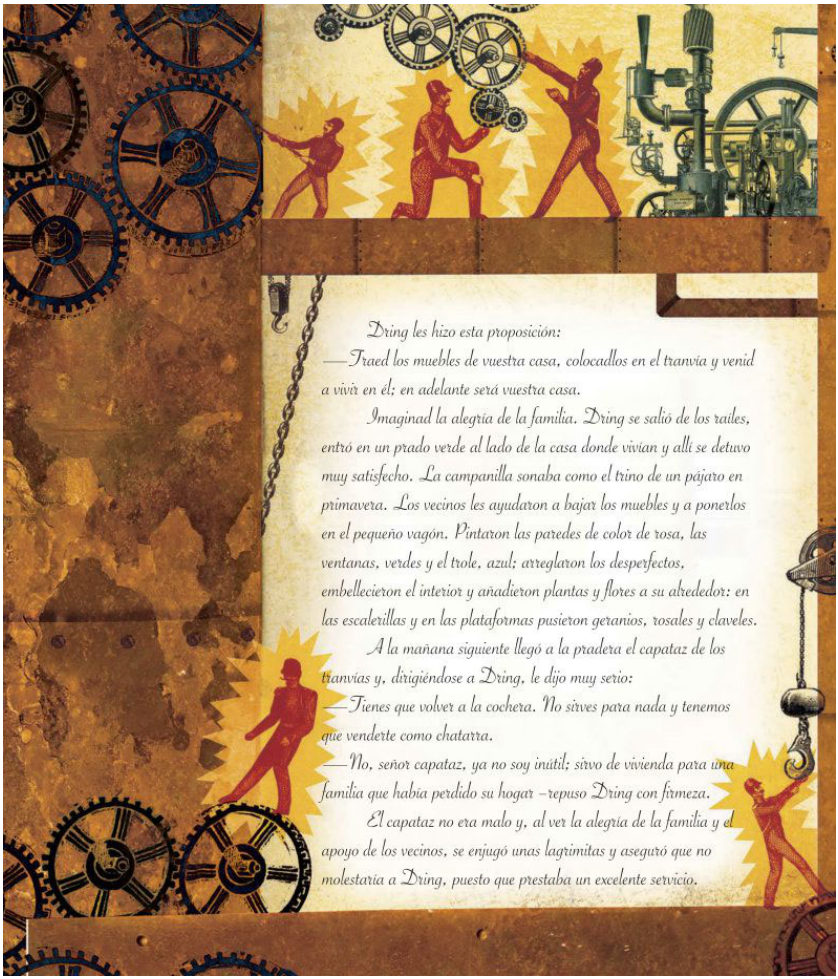
— Lloro porque mi madre también llora –le respondió la chiquilla entre sollozos.

— ¿Y por qué llora tu madre?

— Porque mi padre ha perdido su trabajo y no tenemos dinero para vivir en nuestra casa.

— Súbete y vamos a verlos.

Encontraron a la madre de la niña, a su padre y a su hermanito pequeño, rubio como su hermana.



Dring les hizo esta proposición:

—Traed los muebles de vuestra casa, colocadlos en el tranvía y venid a vivir en él; en adelante será vuestra casa.

Imaginad la alegría de la familia. Dring se salió de los raíles, entró en un prado verde al lado de la casa donde vivían y allí se detuvo muy satisfecho. La campanilla sonaba como el trino de un pájaro en primavera. Los vecinos les ayudaron a bajar los muebles y a ponerlos en el pequeño vagón. Pintaron las paredes de color de rosa, las ventanas, verdes y el trole, azul; arreglaron los desperfectos, embellecieron el interior y añadieron plantas y flores a su alrededor: en las escalerillas y en las plataformas pusieron geranios, rosales y claveles.

A la mañana siguiente llegó a la pradera el capataz de los tranvías y, dirigiéndose a Dring, le dijo muy serio:

—Tienes que volver a la cochera. No sirves para nada y tenemos que venderte como chatarra.

—No, señor capataz, ya no soy inútil; sirvo de vivienda para una familia que había perdido su hogar —repuso Dring con firmeza.

El capataz no era malo y, al ver la alegría de la familia y el apoyo de los vecinos, se enjugó unas lagrimitas y aseguró que no molestaría a Dring, puesto que prestaba un excelente servicio.

Los enanitos eléctricos organizaron un espléndido castillo de fuegos artificiales. Además se encargaron de que funcionaran la radio, la estufa, la cocina, la plancha y las bombillas. La compañía de electricidad no podía entender cómo estaban en marcha todos estos aparatos sin que el contador diera una sola vuelta; era el secreto de los enanitos eléctricos. Para completar su felicidad el capataz consiguió un empleo de revisor de tranvía para el padre de familia.

Entre todos consiguieron salvar al pequeño tranvía Dring. La unión hace la fuerza.

Cuento popular

La camisa del hombre feliz

En un reino lejano había un rey poderoso, amado por sus súbditos, respetado por los soberanos vecinos. Llegó un día en el que el rey se sintió enfermo y llamó a los médicos de la corte para que pusieran remedio a su mal. Todos los eminentes doctores se reunieron en consulta, pero no sacaron en claro qué dolencia aquejaba a su monarca.

Pasaban los dias y las semanas y el rey estaba cada vez más triste.

—Tiene la enfermedad de la tristeza –concluyeron los médicos reales.

Y empezaron a desempolvar viejos pergaminos y antiguos libros del arte de la medicina para hallar el remedio a la enfermedad de la tristeza. Las boticas del reino elaboraron los más raros brebajes y pócimas. Todo fue en vano. El rey estaba cada vez más apesadumbrado, más melancólico y su tristeza llegó a todos los rincones de palacio.

Cierto dia se presentó un médico de larga barba blanca y se ofreció a visitar al soberano para buscar un remedio para su terrible mal. El rey se avino a ello y también sus médicos.

El recién llegado lo examinó, lo auscultó largo rato, preguntó por todos los síntomas y solemnemente sentenció:

—Su Majestad sólo sanará si se pone la camisa de un hombre feliz.

Inmediatamente partieron veloces los emisarios del rey por todos los caminos de su reino hasta los rincones más lejanos. Pero cualquier persona que a primera vista les parecía feliz, les desengañaba luego:

—Sí, pero la vista me falla...

—Sí, pero mi hijo se marchó de casa y no sabemos dónde está...

—Sí, pero la cosecha de este año...

—Sí, pero de vez en cuando el reuma...

Hasta que, por fin, oyeron un cantar alegre que llenaba medio valle. Acudieron enseguida y hallaron a un hombre que cantaba a pleno pulmón mientras preparaba una comida frugal bajo la sombra de un puente para resguardarse del sol.

— ¿Eres completamente feliz, buen hombre? –le preguntaron.

—Sí, completamente feliz –les respondió el aldeano.

—Pues danos tu camisa porque el rey la necesita para recobrar la salud.
El hombre se puso a reír, abrió su pobre chaqueta y los emisarios del rey vieron con sorpresa que... no llevaba camisa.
Aquel hombre era feliz a pesar de no llevar camisa. Nuestra alegría no puede depender de lo que poseemos.
78

Cuento popular de Camerún

El ojo del elefante

Hace muchísimos años, tantos que nadie se acuerda de cuándo ocurrió, un elefante vivía acompañado de su manada en la vasta sabana africana, cerca del río Sanaga, en el corazón del Camerún. Se llamaba Baluba.

Eran tiempos en los que los animales todavía hablaban y se parecían mucho a nosotros, mucho más que ahora. Baluba era un elefante atolondrado; le gustaba jugar y cometer mil diabluras. Era joven y por cualquier cosa se ponía nervioso, se excitaba, daba saltos y traspiés y lo ponía todo perdido.

Sus padres, Papá Elefante y Mamá Elefante, serenos y reflexivos, le decían muy a menudo que tenía que pensar más y no ser tan impulsivo. "Con calma –le repetían una y otra vez– conseguirás mucho más que con tantos aspavientos. Baluba no sabía qué era la calma ni qué eran los aspavientos". Era irreflexivo y alocado.

Toda la manada se acordaba de aquella vez en la que una mariposa de alas rojas y amarillas, de largas antenas y ojos brillantes, se le posó dulcemente sobre la trompa. Baluba se asustó tanto que, sin reparar en el aspecto inofensivo de la inocente mariposa, empezó a aturdirse como si un bicho feroz le estuviera atacando. Meneó sus orejas como abanicos locos, dio coces al aire con sus robustas patas, blandió la trompa, berreó y resopló

hasta que su madre pudo detenerlo, aunque buen trabajo le costó, y le hizo caer en la cuenta de que no era más que… una delicada mariposa.

Una tarde de calor ardiente, a Baluba se le antojó tomar un baño en las aguas caudalosas del río Sanaga. Antes de meterse en ellas, se revolcó en el barro de la orilla, como es la costumbre de los elefantes. Cuando tuvo la piel embadurnada de fango rojizo, se metió alegremente en el agua, retozando como lo haría un cervatillo de los más saltarines. Se zambullía sin cuidado alguno, como poseído por un diablillo juguetón.

Con tanta sacudida y tanto meneo, un ojo se le salió de la cara y se hundió en el fondo de las aguas del Sanaga. Los ojos de los elefantes son pequeñitos, muy pequeñitos. Podéis imaginar la sorpresa, el terror que agitó a Baluba, sus gritos de espanto. Preso de una locura repentina, empezó a buscar por todas partes; ahora iba para aquí, ahora iba para allá; soplaba con la trompa, abanicaba las orejas, meneaba la cabeza, salpicaba a diestro y siniestro; y sobre todo removía el lodo del fondo del río. Todos los animales que poblaban la orilla y los que se movían por el agua se dieron cuenta del terrible trance por el que estaba pasando Baluba.

Peces plateados, ranas verdosas, sapos verrugosos, pájaros multicolores, monos de ojos abiertos como la luna llena, gacelas de finas patas, el rinoceronte siempre bostezante, incluso el cocodrilo perpetuamente dormido, todos se acercaron a la orilla y le gritaban a voz en cuello:

—¡Baluba, ¡cálmate!, ¡no te muevas así!, ¡cálmate, Baluba!; si te mueves tanto no podrás encontrar tu ojo. Conviertes el río en un lodazal. Así nunca podrás recuperar tu ojo. ¡Cálmate, Baluba, cálmate, por favor!

Baluba no los escuchaba. Era tal la agitación que se había apoderado de él que no podía oír los atinados consejos que le daban sus amigos. El agua se volvía cada vez más turbia; en vez de ser transparente como una mañana clara, era oscura como una tormenta de noche.

—¡Cálmate, Baluba, cálmate, por favor! ¡No te muevas así! ¡Cálmate, Baluba! –le repetían con insistencia.

Baluba seguía buscando su ojo. Cuanto más agitaba las aguas, más se enturbiaban y menos podía ver con el ojo que le quedaba. Por fin, quizá agotado de cansancio, se detuvo resollando de fatiga y oyó los gritos de los animales que se le habían acercado cuanto habían podido.

—¡Cálmate, Baluba, cálmate, por favor! ¡No te muevas así! ¡Cálmate, Baluba!

Baluba los miró y sacudió sus orejas llenas de barro. No sólo no los había oído; ni había reparado en ellos. Los miraba asombrado como si los hubiera descubierto en aquel mismo instante.

—¡Estate quieto un rato, Baluba, estate quieto! ¡Serénate! Si te calmas, el lodo del agua seguirá el curso del río y dentro de poco volverá a ser clara; podrás mirar el lecho del Sanaga y encontrarás tu ojo perdido. Estate quieto un rato, Baluba, sólo un ratito.

Les hizo caso. Estuvo quieto un ratito. Y las aguas comenzaron a volverse otra vez transparentes. La superficie, donde el agua es más veloz, empezó a limpiarse, como si unas hojas grandes de un árbol gigante se llevaran el fango lejos, muy lejos. Después Baluba empezó a divisar el fondo del río; primero, como si todavía un retazo de niebla se arrastrara caprichosamente por él; por fin, toda el agua aparecía limpia, diáfana.

¡Oh, qué alegría! Si antes se le habían roto los nervios, ahora enloquecía de contento. Allí, en el fondo del río, al lado de unas plantas acuáticas amarillentas y cobrizas estaba su ojo, su ojo pequeñito, como los ojos de todos los elefantes del Camerún.

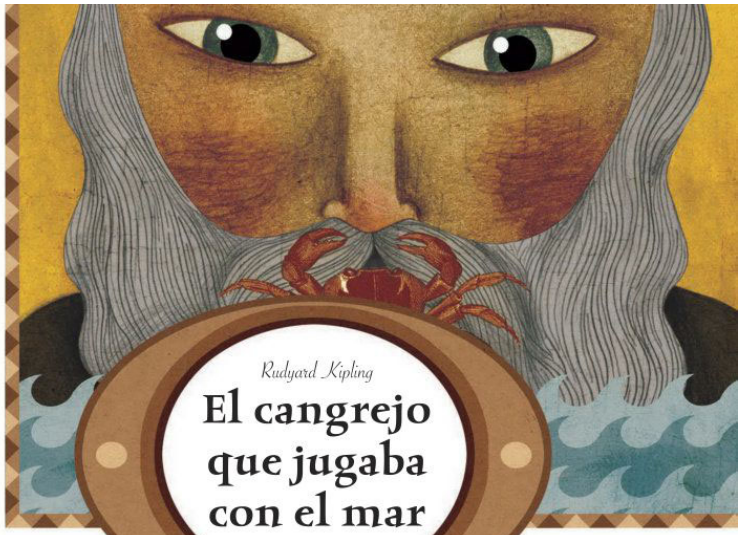
Tres peces rojos como el fuego lo recogieron con gran cuidado y lo subieron hasta la superficie del agua. Baluba sumergió suavemente la cabeza y los pececillos dejaron el ojo con delicadeza en su cuenca vacía.

Todos los animales estallaron en un clamor. Resonó tal grito de alegría que retumbó en toda la sabana y llegó lejos, muy lejos, hasta los montes. Baluba no paraba de darles las gracias con el saludo más gracioso de su trompa.

Cuando Baluba volvió a reunirse con la manada, podéis imaginar cómo contó a todo el mundo la aventura de su ojo perdido y hallado. La aventura del agua y el barro, del agua sucia y del agua limpia. Papá Elefante y Mamá Elefante tuvieron que repetirle muy pocas veces que tenía que agitarse menos y reflexionar más.

Baluba lo había aprendido en el río Sanaga, que corre por el Camerún y tiene las aguas muy claras, tan claras como un amanecer de primavera después de una noche de lluvia.

Baluba tenía que agitarse menos y reflexionar más. La reflexión nos hace ver las cosas con mayor claridad y profundidad.



Rudyard Kipling

El cangrejo que jugaba con el mar

En los tiempos primitivos, el Mago más Anciano de Todos empezó a prepararlo todo. Primero la tierra, después el mar y luego dijo a todos los animales que ya podían salir, y les fue asignando el trabajo que cada uno debería llevar a cabo.

Al elefante le dijo: ¡tu harás de elefante!; a la vaca: ¡tu harás de vaca!; a la tortuga: ¡tu harás de tortuga! Y así a todos. Y el elefante hizo de elefante, la vaca, de vaca, la tortuga, de tortuga, y así todos.

Al anochecer llegó el hombre con su hijita en sus espaldas y le dijo al Mago más Anciano de Todos:

—¿Qué hacen todos estos animales?

Y el Mago más Anciano de Todos le respondió:

—Hacen el trabajo del principio del principio. Estate tranquilo.

—De acuerdo –asintió el hombre–; pero preocúpate de que todos me obedezcan.

Mientras hablaban, el cangrejo se escapó y se zambulló en el agua murmurando:

—Jugaré yo solo con el agua y no obedeceré nunca a este hombre.

Sólo le escuchó la hija del hombre, que estaba sentada sobre sus espaldas.

El Mago más Anciano de Todos se limpió el polvo fino que tenía en las manos y se fue a pasear por el mundo para ver lo que hacían los animales. Vio que el elefante hacía de elefante, la vaca, de vaca, la tortuga, de tortuga, y así todos.

Y preguntó al hombre, si los animales lo obedecían.

—Sí –le respondió.

—¿Y la tierra?

—Sí –le respondió.

—¿Y el mar?

—No –le respondió–; una vez durante el día y una vez durante la noche el mar sube por el río y hace que el agua dulce entre en el bosque e inunde mi casa; y una vez durante el día y una vez durante la noche el mar vuelve a bajar por el río y se lleva toda el agua y sólo queda barro y no puedo usar la canoa. ¿Tú le dijiste que hiciera eso?

—No; y no me gusta nada –respondió molesto el Mago más Anciano de Todos.

Entonces la hija del hombre levantó sus bracitos morenos y le dijo:

—Cuando tú y mi padre hablábais el día del principio del principio, vi cómo se escapaba un animal travieso y se zambullía en el mar antes de que le hubieras dicho nada. Era una bestia muy grande, redonda y plana; tenía los ojos sobre una especie de palos, andaba de lado y poseía un caparazón muy duro.

—Ya sé quién juega con el mar –exclamó el Mago más Anciano de Todos–. ¿Qué haces, cangrejo? –recriminó al animal, gritando con su voz potente.

—Pues una vez al día y una vez por la noche salgo de mi cueva a buscar comida; déjame tranquilo –contestó el crustáceo.

—Oye, cangrejo –dijo el Mago más Anciano de Todos–, cuando una vez al día y una vez por la noche sales de tu cueva a buscar comida, el agua del mar entra en ella y deja secas las playas y mueren los peces; y cuando vuelves a tu guarida, el mar sube e inunda la casa del hombre y todos los alrededores; y al cocodrilo se le llena la boca de agua salada.

—No sabía que fuera tan poderoso. En adelante saldré siete veces de día y siete de noche y el agua nunca estará quieta –repuso, insolente, el cangrejo.

—Para que veas que soy más poderoso que tú –le respondió el Mago más Anciano de Todos–, te quitaré el caparazón duro y te quedarás blando; así el elefante, el cocodrilo y todos los animales te podrán pisar.

El cangrejo pidió perdón por haberse escapado el día en el que el Mago más Anciano de Todos había repartido el

trabajo entre todos los animales. Y el Mago más Anciano de Todos tuvo compasión y le dijo:

—Tendrás tu caparazón once meses al año; pero durante un mes se te volverá blando para que recuerdes lo que hiciste; podrás vivir en el mar y en la tierra, pero serás pequeño y cuando entres y salgas de tu cueva no agitarás el mar; tendrás unas tijeras que sólo utilizarás para obtener comida.

El cangrejo aceptó las condiciones del Mago más Anciano de Todos; se volvió pequeño, muy pequeño y se cobijó entre las rocas y entre las algas.

Cuando vayáis a la playa veréis que todos sus hijos hacen unas cuevas minúsculas para ocultarse; tienen unas tijeras para conseguir alimento y durante un mes pierden el caparazón y se vuelven blandos.

Sin embargo no les gusta que los saquen de sus agujeros ni los lleven dentro de cubos de agua a casas extrañas.

Por ello se defienden con sus pinzas...
y ¡hacen muy bien!

El cangrejo pagó muy cara su falta de responsabilidad. Cada uno debe responder de su conducta.

Fábula de la India

Los ciegos y el elefante

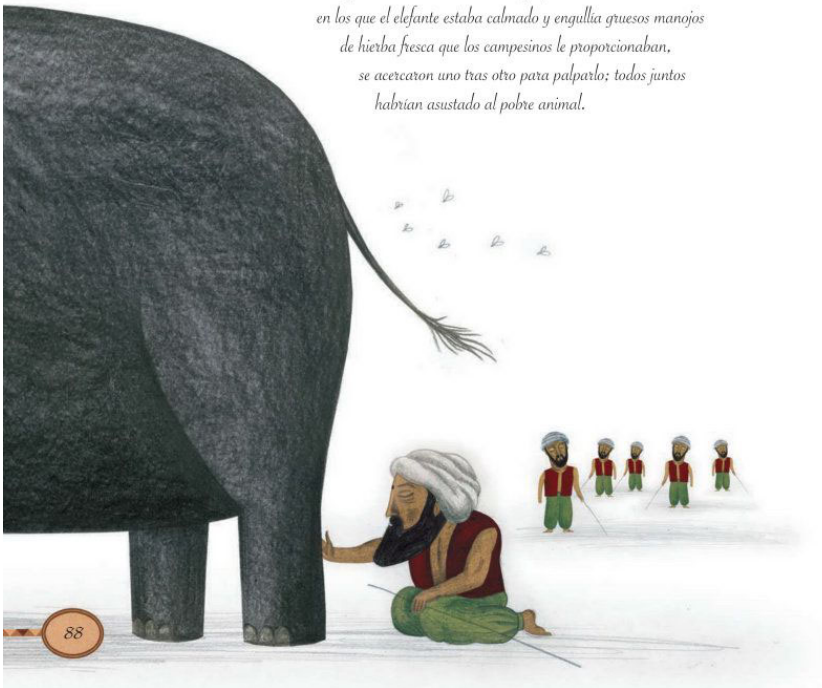
Los habitantes de una aldea llamada Tegor, en el extremo más oriental de la India, nunca habían visto un elefante. Sólo habían oído su nombre y cada cual se lo había imaginado a su manera.

En las afueras del pueblo habitaba un grupo de ciegos que, hermanados por la falta de visión, se ayudaban unos a otros. Ellos también habían oído hablar del elefante y en las noches calurosas de verano conversaban sobre el misterioso animal.

—¡Lástima que no haya elefantes por nuestros bosques! –se decían–; si hubiera aunque sólo fuera uno, afortunadamente saldríamos de dudas y sabríamos a ciencia cierta cómo es ese prodigioso animal.

Pero una mañana un elefante que se había extraviado de su manada se acercó a los campos que rodeaban Tegor. Cuando llegó la noticia a los aldeanos, éstos se apresuraron a acercarse donde andaba errante el gran animal.

Conocedores del deseo de los ciegos, los jefes del pueblo tuvieron la feliz idea de ofrecerles la oportunidad de ser los primeros en reconocer al paquidermo con el tacto, ya que no podían hacerlo con la vista. Escogieron a los seis más ancianos y sabios. Con sumo cuidado y aprovechando unos instantes en los que el elefante estaba calmado y engullía gruesos manojos de hierba fresca que los campesinos le proporcionaban, se acercaron uno tras otro para palparlo; todos juntos habrían asustado al pobre animal.



El primero de ellos alargó el brazo y su mano chocó con la voluminosa barriga del elefante. Se volvió hacia sus compañeros y les dijo:

—Ya sé cómo es este sorprendente animal: es como una pared firme y dura, de una consistencia de roca; es un muro impenetrable y poderoso. Un ejército se estrellaría contra él.

Luego se aproximó el segundo ciego y la palma de su mano tropezó con una pata del elefante; la recorrió de arriba abajo, le dio la vuelta con tiento y exclamó:

—Estás equivocado, hermano; es como un árbol robusto de tronco ancho y de corteza peluda. Pocas veces he encontrado en nuestros bosques un árbol como éste; debe ser centenario.

El tercer ciego, inquieto por tocar aquel ser maravilloso, ya estaba junto al animal. Le acarició un colmillo y anunció:

—¿Pero qué decís, compañeros? Es como el arma más terrible que haya existido jamás. Nunca había imaginado una lanza más potente y más afilada; sólo un gigante podría empuñarla; atravesaría la armadura más colosal; nada resistiría su acometida.

El cuarto ciego, desconcertado por las palabras de sus amigos, quiso salir de dudas y resiguió con sus manos la oreja del animal. Enseguida exclamó:

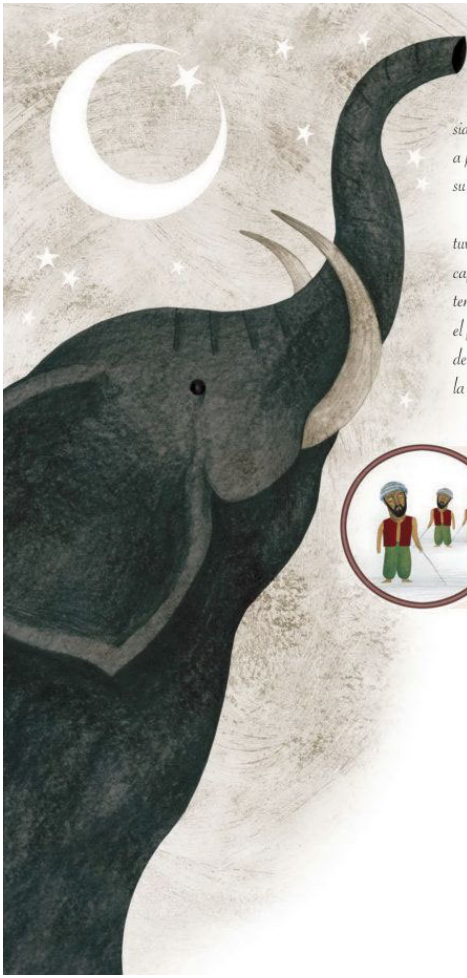
—¿Cómo es posible tanto error en personas tan sabias? Es como un abanico majestuoso con el que un rajá riquísimo se abanicaría para no sufrir el calor sofocante. Es recio y flexible, ondulante y mullido.

El quinto ciego, sumido en un mar de dudas, se acercó lentamente al animal y agarró su trompa:

—¡Qué horror! –gritó asustado–: en mi vida había tocado una serpiente de estas dimensiones; es flexible y gruesa; es enorme; y su boca resopla y echa un aliento ardiente y apestoso. Es como una serpiente de las mayores de la India y quizá del mundo entero.

Por fin el sexto ciego, lleno de confusiones, tomó en sus manos el rabo y sentenció con aplomo:

—Lo tengo claro, hermanos, es como una cuerda para amarrar los barcos más pesados o los caballos más salvajes o los bueyes más forzudos; ni el sable de hoja más templada podría cortarla. Es una cuerda tejida con muchos cabos, a juzgar por el extremo deshilachado que la remata.



Si los seis ciegos no hubieran sido tan sabios tal vez hubieran llegado a pelearse para defender cada uno de ellos su opinión.

El santón de la aldea de Tegor tuvo que explicarles que todos habían captado una parte de la realidad; todos tenían razón y era necesario que juntaran el punto de vista de cada uno con el de los demás para conseguir entre todos la imagen completa del elefante.

Los sabios alcanzaron la verdad cuando pusieron en común su parte de razón. Ser tolerante es aceptar con gusto las diferencias.

Charles Perrault

El gato con botas

Un molinero dejó en herencia a sus tres hijos el molino, un asno y un gato. El mayor se quedó el molino, el mediano, el asno y al pequeño, Pedro, le quedó el gato. El muchacho estaba muy triste con la parte que le había tocado; pero el gato, muy astuto y de gran imaginación, le dijo:

—No te preocupes, amigo mío. Dame un saco, encárgame un par de botas de buen cuero y verás que has tenido más suerte de lo que pensabas.

Se fue al bosque, con el saco preparó una trampa para conejos y, cuando cazó el primero, fue corriendo al palacio del rey, pidió audiencia y le dijo, tras una ceremoniosa reverencia:

—Majestad, le traigo un conejo del bosque que mi amo, el Marqués de la Calabaza, me ha encargado ofrecerle con respeto y admiración.

—Dile a tu amo que este regalo me ha complacido mucho y que se lo agradezco de corazón.

Volvió al bosque y con mucha maña cazó un par de preciosas perdices y fue a ofrecérselas de nuevo al rey. Y así continuó durante dos o tres meses.

Un día dijo a su amo que se bañara en el río donde él le indicara. El rey había salido a pasear con su hija acompañado de su guardia real. Cuando el gato vio que se acercaban al río, empezó a gritar:

—¡Socorro! ¡Auxilio! El Marqués de la Calabaza se está ahogando. ¡Socorro! ¡Ayudadlo!

El soberano, al oír estos gritos y al reconocer al gato y el nombre del Marqués de la Calabaza, mandó a sus criados que salvaran al noble señor. Cuando lo hubieron sacado del agua, el gato explicó al monarca que unos ladrones le habían robado los vestidos y el dinero que llevaba y lo habían arrojado al río. Enseguida el rey ordenó que los oficiales de su guardia fueran a palacio a buscar los trajes más elegantes para el marqués.

Allí también estaba la hija del rey y era tan hermosa que, sólo verla, Pedro se enamoró de ella con delirio.

El monarca pidió al supuesto marqués que se montara a su carroza y los acompañara en el paseo. Mientras, el gato se iba acercando a todos los segadores de los campos que se encontraban a lo largo del camino y les mandaba que dijeran que esos trigales pertenecían al Marqués de la Calabaza; si no lo hacían, los convertiría en papilla. Así lo fueron diciendo al rey cuando éste se lo preguntaba; y el soberano se sorprendió de que el Marqués tuviera una hacienda tan enorme y rica.

La comitiva se acercaba al castillo del ogro, que era un mago famoso. El gato, que estaba llevando a cabo un ingenioso plan que había tramado, se avanzó él solo, entró a saludarlo con mucho respeto y le preguntó si era tan poderoso como decían y podía convertirse en lo que se le antojara. El ogro, adulado por estas palabras, le demostró que podía transformarse en león.

—Estoy maravillado –repuso el gato–; pero dudo que puedas convertirte en un animal pequeño, por ejemplo en un ratón.

El ogro, herido en su amor propio, se convirtió en ratón y el gato se lo comió de un bocado.

Salió a la puerta del castillo exactamente cuando el séquito real pasaba delante de ella. Hizo una magnífica reverencia e invitó al rey y a su hija a entrar en el castillo del Marqués

de la Calabaza y a comer en la mesa que estaba puesta con unos manjares exquisitos que el ogro había mandado preparar para unos amigos, ogros como él.

El rey aceptó este honor y quedó entusiasmado de la riqueza del castillo y del buen trato del Marqués.

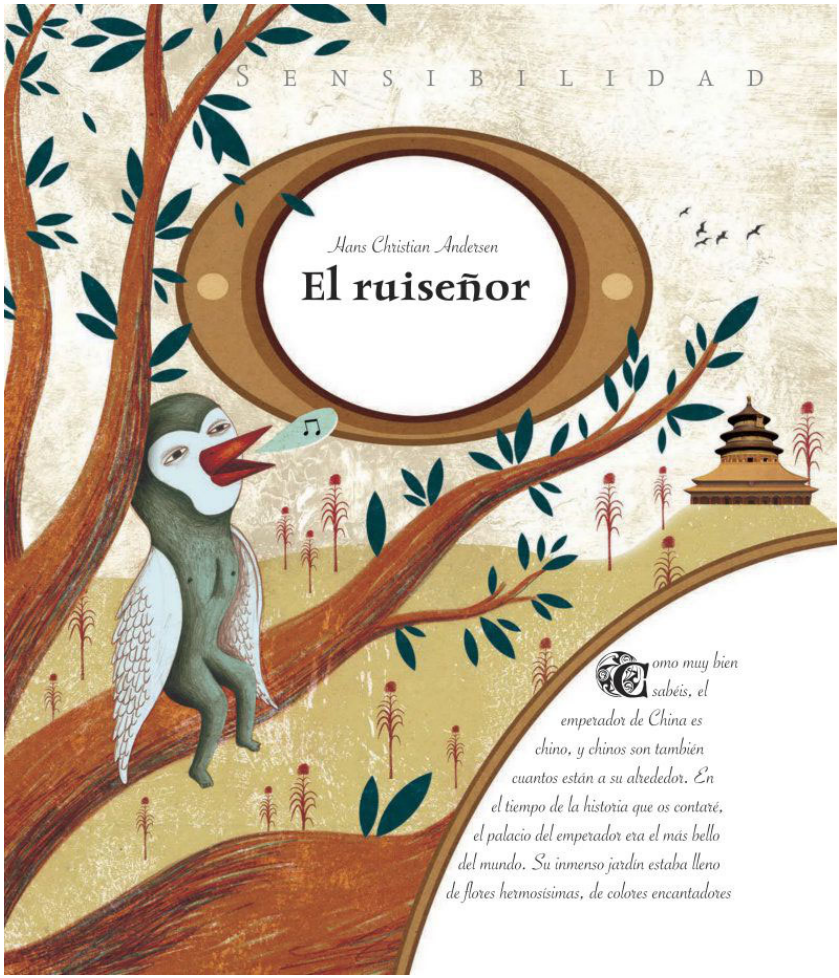
Cuando el festín ya terminaba, el rey se dirigió a Pedro diciéndole:

—Querido Marqués, sé que mi hija está muy enamorada de ti. Sólo, pues, de ti depende que te conviertas en mi yerno.

Pedro, con muestras de satisfacción, aceptó el honor que el monarca le ofrecía y aquel mismo día se casó con la princesa.

El gato con botas llegó a ser un gran señor, chambelán de la corte y primer ministro. Y en adelante, sólo persiguió ratas y ratones para pasar el rato.

El gato con botas hallaba caminos originales para solucionar todas las dificultades. A grandes males, grandes remedios.



Hans Christian Andersen

El ruiseñor

Como muy bien sabéis, el emperador de China es chino, y chinos son también cuantos están a su alrededor. En el tiempo de la historia que os contaré, el palacio del emperador era el más bello del mundo. Su inmenso jardín estaba lleno de flores hermosísimas, de colores encantadores

y de perfume exquisito. Al fondo seguía un bosque soberbio, con árboles gigantes, con lagos enormes; llegaba hasta el mar. En el bosque vivía un ruiseñor capaz de cantar unas melodías tan encantadoras que nunca jamás se han oído otras parecidas. Eran tan hermosas que los visitantes de todo el mundo que recorrían el jardín y el bosque describían en sus libros la belleza del canto del ruiseñor por encima de la de los jardines y del propio palacio.

Cuando llegó esta noticia al emperador, llamó a su mayordomo y le mandó hallar a este pájaro y llevarlo a su presencia; este dulcísimo cantor resultaba ser la joya más preciada de todo su imperio.

—Su Majestad Imperial no debe creer esas patrañas; son fantasías o quizá magia.

—Lo he leído en un libro escrito por el emperador del Japón y tiene que ser verdad. Esta misma noche quiero oír a este ruiseñor. Al que lo encuentre lo premiaré colmándolo de riquezas; si no lo halláis, todos los habitantes sin excepciones del palacio seréis castigados severamente.

Criados, guardas, cocineros, jardineros, mozos de cuadras, todo el mundo fue en busca del ruiseñor.

Pero fue una niña que ayudaba en la cocina imperial la única que sabía dónde estaba el ruiseñor y logró que dieran con él y lo pudieran llevar ante el emperador. Éste estaba sentado en su trono de oro,

en el salón de porcelana y esmaltes, adornado y reluciente como ningún otro salón de la tierra.

El ruiseñor cantó una canción tan bella que el emperador lloró de emoción. El monarca ordenó que siempre viviera en palacio, que tuviera doce criados a su servicio; sólo podría salir de su jaula dos veces al día y una por la noche.

La fama de este pájaro llegó a toda la ciudad y a todo el imperio.

Cierto día llegó una misteriosa caja al palacio imperial. Dentro de ella había un ruiseñor mecánico, lleno de diamantes, perlas y rubíes. Cantaba preciosas melodías, movía lentamente su cabeza y su cola. Dejó maravillados al emperador y a todos los cortesanos. Era más brillante y, además, más cómodo que el de verdad: se le podía hacer cantar cuanto se quisiera; repetía y repetía cien veces la misma canción sin cansarse; no comía ni dormía ni salía dos veces de día y una de noche ni necesitaba los cuidados de doce servidores ni siquiera le hacía falta la jaula. Su fama, al igual que la del pájaro de verdad, llegó al mundo entero; de todas partes llegaban viajeros para oírlo.

Cuando un día el emperador quiso volver a escuchar al ruiseñor de verdad nadie lo encontró por ninguna parte. Irritado, el emperador ordenó que al ruiseñor se lo considerara desterrado del imperio para siempre; además ya no se le necesitaba: el ruiseñor mecánico era mejor que el de carne y hueso.

Pero llegó un día en que del interior del ruiseñor mecánico salió un chirrido como si se rompieran todos los muelles, los resortes y las ruedecitas que producían las encantadoras melodías. Mecánicos, relojeros, herreros, joyeros intentaron poner remedio a esta desgracia, pero sus esfuerzos fueron en vano: el ruiseñor mecánico ya no volvió a cantar. Los habitantes del imperio sintieron una enorme tristeza.

El emperador enfermó de tal gravedad que estaba ya a punto de morir. Con voz débil suplicaba oír al ruiseñor por última vez; el ruiseñor mecánico continuaba mudo y el emperador ya se despedía de este mundo.

De pronto en la ventana de la habitación del moribundo se oyó el canto del ruiseñor, un canto tan bello como la primera vez que gorgeó en el salón del palacio. Al oírlo, el emperador recobró el color, sus ojos se abrieron, todo su cuerpo volvió a la vida.

—Gracias –dijo suavemente el emperador–. Te eché de mi palacio y de mi imperio. Ahora tú has alejado mi sufrimiento, mis pesadillas y has arrojado la muerte de mi corazón. ¿Cómo te lo pagaré?

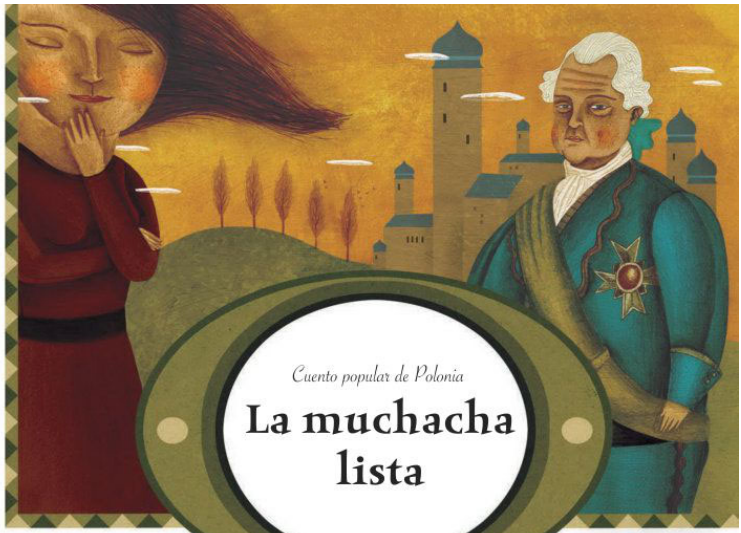
—La primera vez que me oíste cantar, lloraste de emoción. Un cantor nunca puede olvidar un llanto de admiración; llenaste mi corazón. Cantaré para ti siempre que quieras. Sólo te pido que no destruyas el pájaro mecánico: ha hecho lo que ha podido. En cuanto a mí, déjame entrar y salir de tu palacio a mi gusto; vendré muchas noches a cantar para ti. Cantaré para los que son felices y para los que sufren. Volaré por todas partes. Iré a casa del pescador pobre y a la del labrador apenado. Cantaré para los de tu corte y para los que viven lejos de ella. Prefiero tu corazón tierno a tu corona de piedras preciosas.

Y el ruiseñor entonó una melodía y se alejó por el cielo azul de China.

Cuando los criados entraron para ver al emperador difunto, lo encontraron vestido con su traje imperial, con su sable de oro en las manos y les dijo con el más cortés de los saludos:

—¡Muy buenos días!

¡Cuánto le costó, al emperador, cambiar su corazón duro por un corazón tierno! La persona sensible disfruta de la vida con toda su plenitud.



Cuento popular de Polonia

La muchacha lista

Érase una vez dos hermanos que vivían en el mismo pueblo. Uno era rico y el otro era un pobre labrador cuya única riqueza era una hija de dieciséis años, ingeniosa y trabajadora como ninguna.

Cierto día la vaca del hermano pobre entró en el campo del hermano rico y se le comió una pequeña parte de la cosecha; el hermano rico se quedó la vaca como prenda hasta que se le reparara el daño. Ante la imposibilidad de pagar tal deuda, el hermano pobre fue a pedir justicia al conde, su señor feudal, de quien todos los habitantes de la comarca eran súbditos. Ambos expusieron sus razones y el noble los miró fijamente y les dijo:

—Haré justicia; pero antes quiero que cada uno de vosotros me traiga tres cosas: lo más gustoso, lo más nutritivo y lo más rápido.

El hermano rico pensó que le ofrecería miel, que es muy gustosa, manteca, que es muy nutritiva, y su galgo más veloz; así la vaca permanecería en su poder.

El hermano pobre se entristeció porque no poseía nada que pudiera competir con su hermano. Pero su hija lo animó diciéndole:

—¡No estés triste, padre mío! Cuando tu hermano le haya ofrecido sus regalos, tú debes decir al conde, como soy pobre te ofrezco estas palabras, lo más gustoso es dormir porque, cuando tienes sueño, no hay nada más agradable; lo más nutritivo es la tierra, porque alimenta a todo el mundo; y lo más rápido es la vista, porque nunca puedes llegar a ninguna parte antes que ella.

El señor feudal cuando oyó estas palabras se quedó maravillado; y más aún cuando supo que había sido la hija del hermano pobre quien le había sugerido tales ideas.

—La vaca sigue siendo tuya, pero te pondré otra prueba. Toma esta docena de huevos y di a tu hija que mañana celebro una fiesta y necesito los doce pollos que salgan de ellos.

El hermano pobre así lo dijo a su hija y ésta le respondió:

—Toma un puñado de trigo y dile al conde que lo siembre porque mañana necesitaré alimentar mis pollos con su cosecha.

—Esto es imposible –repuso el señor al oírlo–, necesito tres meses para que el trigo crezca y madure.

—También es verdad que la gallina clueca debe incubar los huevos durante tres semanas y los pollos deberán crecer durante dos meses para que podamos comerlos.

El señor comprobó de nuevo que la hija del labrador pobre era muy lista. Y propuso un nuevo reto:

—Toma este manojo de lino y haz que mañana tu hija teja trescientas madejas de hilo fino.

Ante esta propuesta, la hija tomó el palo de una escoba y encargó a su padre que dijera al noble:

—Para que pueda tejer el lino necesito que de este palo construyas una tarima, una mesa, una rueca y un huso para que pueda confeccionar las madejas de hilo fino.

—Veo que resulta completamente imposible sorprender a tu hija –exclamó el señor al recibir esta respuesta–.

Te propongo una última prueba: quiero que mañana se presente en palacio ni andando ni cabalgando, ni desnuda ni vestida y que me traiga algo que yo no pueda agarrar con las manos.

A la mañana siguiente la hija tomó un saco y le hizo cuatro agujeros para sacar los brazos y los pies por ellos. Se sentó sobre un carnero de modo que los pies le rozaban el suelo. Y dentro de un cesto encerró un gorrión.

Al llegar al palacio del conde, éste comprobó que no iba ni vestida ni desnuda, ni andaba ni cabalgaba; y cuando le preguntó qué llevaba en el cesto, la hija dejó libre al gorrión y le dijo al conde que lo agarrara con las manos.

Cautivado por la inteligencia de la muchacha, el señor le ofreció vestidos y joyas, la acogió en su castillo y le pidió que se casara con él.

Y se casaron.

De tal forma corrió la fama de sabiduría y bondad de la muchacha, convertida ya en señora, que gentes de todas partes acudían al palacio para pedirle consejo y ayuda. A los pocos años, le dijo su esposo:

—Esta casa siempre está llena de gente y no puedo soportarlo. No podemos seguir viviendo juntos. Toma lo que creas más valioso y vuélvete a tu casa.

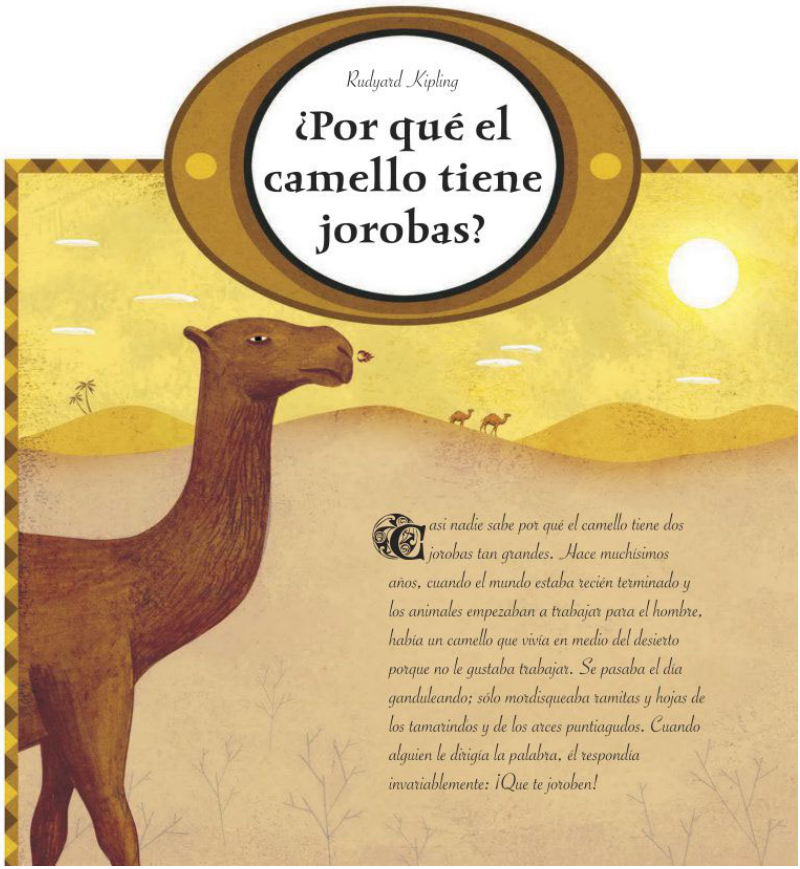
La muchacha aceptó la orden de su marido y señor.

Cuando éste dormía, mandó a los criados que, sin despertarlo, lo pusieran sobre una carreta y muy despacio lo condujeran hacia la casa del hermano pobre. A la mitad del camino el señor se despertó y preguntó a la muchacha qué estaba haciendo con él. Ella le respondió:

—Lo que me has mandado, querido esposo. Vuelvo a la casa de mi padre y me llevo lo más valioso para mí, que eres tú.

Conmovido el conde ante esta nueva demostración de inteligencia y de amor, ordenó que la comitiva volviera a palacio y desde entonces vivieron felices y contentos durante largos años haciendo el bien a todos los que llamaban a su puerta.

El ingenio de la muchacha para superar cualquier dificultad la salvó a ella y a su familia. Hay que buscar soluciones nuevas a los problemas nuevos... y a menudo a los viejos.



Rudyard Kipling

¿Por qué el camello tiene jorobas?

Casi nadie sabe por qué el camello tiene dos jorobas tan grandes. Hace muchísimos años, cuando el mundo estaba recién terminado y los animales empezaban a trabajar para el hombre, había un camello que vivía en medio del desierto porque no le gustaba trabajar. Se pasaba el día ganduleando; sólo mordisqueaba ramitas y hojas de los tamarindos y de los arces puntiagudos. Cuando alguien le dirigía la palabra, él respondía invariablemente: ¡Que te joroben!

Un lunes por la mañana el caballo, equipado ya con los arreos para cabalgar, le dijo:

—¿Por qué no vienes a trotar con nosotros?

—¡Que te joroben! –respondió el camello. Y el caballo fue a contar al hombre lo que le había ocurrido.

Al día siguiente fue el perro, con un palo entre los dientes, quien le propuso:

—¿Por qué no vienes a buscar cosas y a vigilar con nosotros?

—¡Que te joroben! –respondió de nuevo el camello. Y el perro fue a contárselo al hombre.

Al otro día fue el buey, con el yugo al cuello, quien le dijo:

—Oye, camello, ¿por qué no vienes a arar con todos nosotros?

—¡Que te joroben! –respondió otra vez el camello. Y el buey fue a contárselo al hombre.

Al anochecer, el hombre llamó al caballo, al perro y al buey y les habló así:

—Me parece muy mal que en un mundo tan nuevo este animal del desierto no quiera trabajar, pues de lo contrario habría venido a verme para que le encargara una tarea. Lo dejaré tranquilo. Pero vosotros tendréis que trabajar el doble para compensar su holgazanería.

Los tres animales se reunieron para discutir el caso. El camello, que los oyó, se rio de ellos y les dijo, más burlón que nunca:

—¡Que os joroben!

Y siguió paseando y mordisqueando ramitas y hojas de las escasas plantas del desierto.

Pasó por allí el genio encargado de los desiertos, envuelto en una nube de polvo, como viajan todos los genios, puesto que son mágicos.

—¿Te parece justo que alguien sea un gandul en el mundo recién acabado y no quiera trabajar como hacemos los demás? –le preguntaron los animales después de haberle expuesto sus quejas.

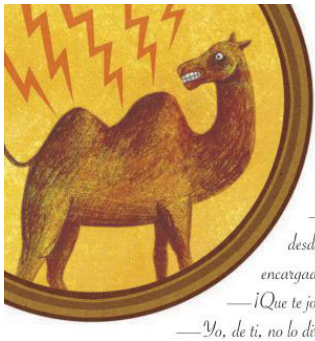
El genio encargado de los desiertos reconoció que no era justo.

—Es el camello, de cuello largo y patas enjutas –añadieron el caballo, el perro y el buey–. Cuando le invitamos a trabajar nos contesta siempre: "¡Que te joroben!". No quiere trotar, no quiere buscar, ni vigilar y tampoco quiere arar.

—Pues yo sí que lo voy a jorobar –respondió el genio; y fue a encontrarse con el camello.

Lo halló ocioso como siempre y mirándose en un charco como si fuera en un espejo.

—Hola, amigo patilargo y presumido. ¿Es verdad lo que he oído, que no quieres trabajar, ahora que el mundo está recién acabado y hay tanto que hacer?



—¡Que te joroben! –le dijo el camello con desprecio.

El genio se sentó y empezó a pensar en un buen hechizo. Mientras, el camello seguía contemplándose en el charco muy satisfecho de su figura.

—El caballo, el perro y el buey han tenido que trabajar el doble desde el lunes porque tú eres un terrible perezoso –le insistió el genio encargado de los desiertos.

—¡Que te joroben! –repitió el camello.

—Yo, de ti, no lo diría nunca más –le advirtió el genio.

—¡Que te joroben, que te joroben! –gritó el camello; y vio con espanto cómo se le iba jorobando el lomo una vez y después otra, hasta convertirse en dos jibas enormes.

—¿Lo ves? –le dijo el genio–; tú mismo te has jorobado por no querer trabajar y ser tan mal educado con los demás animales.

—Pero no podré trabajar con estas jorobas –repuso el camello.

—¡Claro que sí podrás hacerlo! –le aclaró el genio–. Has perdido tres días de trabajo y en adelante serás capaz de trabajar más de tres días sin comer porque en tus jorobas acumularás reservas de alimentos y bebidas. Ahora ve con el caballo, el perro y el buey. Sé buen chico y no jorobes a nadie.

Y desde aquel día el camello tiene que llevar las jorobas encima. Todavía no ha logrado ponerse al día y recuperar los tres que perdió sin trabajar cuando el mundo estaba recién terminado.

El camello pagó duramente las consecuencias de su falta de delicadeza hacia los demás. La urbanidad muestra nuestro respeto hacia los otros.

Cuento popular argentino

El árbol de las semillas de oro

En tiempo de los quechuas, nuestros abuelos, bisabuelos y tatarabuelos adoraban como dioses a las estrellas, la lluvia y el trueno y con una ternura especial a Pachamama, la Madre Tierra.

Pachamama era muy feliz al ver que los quechuas la veneraban, no sólo porque levantaban altares al lado de los caminos en su honor, sino porque trabajaban la tierra, respetaban los bosques y los árboles, los ríos y las praderas. Pachamama los proveía de cosechas abundantes, de frutas sabrosas y de animales de toda clase para su alimento. El pueblo quechua también era feliz.

Pero tanta abundancia de comida y bebida volvió perezosos a los hombres y mujeres. Poco a poco fueron abandonando sus trabajos en el campo y dejaron de cuidar las plantas y los animales.

—Tenemos de todo y nos sobra. ¿Para qué nos vamos a preocupar? Comamos, bebamos, divirtámonos tanto como podamos –se decían confiados unos a otros.

Y hacían lo que decían. Nadie pensaba que los graneros más repletos y las cubas más llenas también llegan a vaciarse. Ni se sembraba ni se plantaba, ni se cosechaba ni se recogía. El alimento se desperdiciaba porque sobraba, los campos se llenaban de hierbajos; destrozaban sólo por gusto árboles y arbustos, mataban por placer animales que vivían en la tierra o nadaban por los ríos. Los manantiales se ensuciaban y los lagos servían para echar escombros y basuras. Hasta el aire era turbio.

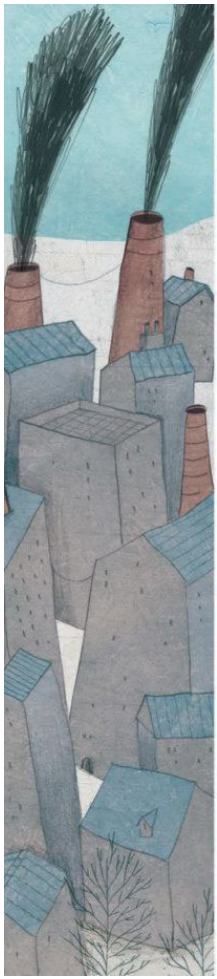
Pachamama estaba muy triste y pensó en dar un escarmiento al pueblo quechua, tan desagradecido con ella. El ardor del sol fue secando fuentes y ríos; la tierra se agrietó por falta de humedad; las hojas de los árboles se volvieron amarillentas y se encorvaron como las uñas de los aguiluchos. Las flores y los frutos se caían casi sin haber siquiera asomado sobre las ramas. Las copas de los árboles gigantes de la selva se volvían grises; los pájaros de plumas de fuego perecían de hambre y de sed.

—¿Qué nos importa, si todavía hay grano en los silos y néctar en las ánforas? ¡Que siga la fiesta! ¡Sólo detengámosla para dormir!

Un día descubrieron con horror que las despensas estaban vacías y que de las barricas sólo salían cuatro miserables gotas del licor de vida. Ya no se oían los cantos de las aves ni los aullidos de los animales salvajes. No había peces en las charcas malolientes. Sólo un silencio de muerte.

Los quechuas habían olvidado sus deberes con Pachamama; y Pachamama les dio una buena lección para que no la olvidaran jamás. La miseria borró la sonrisa de la boca de los niños y llenó sus ojos de lágrimas. El hambre angustiaba a los mayores; los ancianos daban muestras de flaqueza.

Urpila, una mujer del pueblo, salió enloquecida de su casa porque sus hijos se morían suplicando comida. Se acercó a un altar dedicado a la diosa y le suplicó:



—Pachamama, ten piedad de mis hijos. Se están muriendo porque no tienen qué comer ni beber. No hemos agradecido tus favores. Te hemos olvidado. No nos castigues más.

Fatigada y desolada se durmió al pie del altar vencida por el cansancio y el dolor. Soñó que Pachamama se le acercaba y le decía:

—Urpila, no pierdas la esperanza. Vosotros, pueblo quechua, os habéis dado cuenta de vuestros errores y, arrepentidos, volveréis a respetarme. Cuando despiertes abre tus manos y recibe las semillas de este árbol; ellas os devolverán la alegría.

Urpila se despertó y vio que todo el paisaje era triste y agostado como antes. ¡Qué decepción tan grande! ¿Sólo había sido un sueño? Pero recordó que la diosa había mencionado un árbol. Levantó sus ojos y vio que del árbol más cercano caían con gran abundancia unas semillas doradas. Tomó un buen puñado de ellas y fue corriendo al poblado. Les contó el sueño y les mostró aquellas semillas. Acudieron hombres y mujeres y niños alrededor del árbol, recogieron los granos, comieron de ellos y los sembraron por campos y huertas. La lluvia cayó abundante y la tierra se volvió a vestir de verde.

El pueblo quechua veneró desde entonces aquel Árbol Sagrado: era el amor que les demostraba Pachamama, la Madre Tierra; era el amor que los quechuas tenían a Pachamama.

El pueblo quechua recuperó la vida cuando respetó a Pachamama, la Madre Tierra. El mundo es una herencia que debemos transmitir sana y salva a nuestros hijos.

Citas sobre los Valores

Respeto
No hagas al otro lo que no quieras que te hagan a ti (autores varios).

Honradez
La honradez es respeto a todos y a todo (popular).

Amistad
La peor soledad es no tener una amistad sincera (Francis Bacon, filósofo inglés).

Libertad
Tu libertad empieza donde acaba la del otro (popular).

Constancia
La victoria es de quien demuestra mayor constancia (Napoleón I, emperador francés).

Justicia
Ser bueno es fácil, lo que es difícil es ser justo (Victor Hugo, escritor francés).

Paz
La verdadera paz es la abundancia de bienes (autores varios).

Prudencia
La prudencia dice: es mejor perder que perder más (de un proverbio portugués).

Paciencia
¡Qué desgraciados quienes no tienen paciencia! ¿Cuándo se curó una herida en un instante? (William Shakespeare, escritor inglés).

Sinceridad
Las palabras elegantes no son sinceras; las palabras sinceras no son elegantes (Lao-Tsé, filósofo chino).

Diálogo
Hablando se entiende la gente (dicho popular).

Confianza
La confianza en sí mismo es el primer secreto del éxito (Ralph W. Emerson, filósofo estadounidense).

Fidelidad
La fidelidad a los demás es imposible si no eres fiel a ti mismo (popular).

Generosidad
Ser generoso es dar tiempo, espacio, gestos, palabras, silencios; también es perdonar, y si no tenemos más que dar… podemos dar dinero (Esteve Pujol i Pons, pedagogo y escritor español).

Compromiso
¿Has aceptado representar este personaje? Hazlo (Séneca, pensador latino).

Esperanza
Vivir siempre con esperanza puede equivaler a vivir dos veces (popular).

Cooperación
Con la cooperación o concordia crecen las cosas pequeñas; sin ella, se hunden las mayores (Salustio, historiador romano).

Alegría
La alegría es lo que mueve las agujas del gran reloj del mundo (Friedrich Schiller, escritor alemán).

Reflexión
Oír o leer sin reflexionar es una ocupación inútil (Confucio, filósofo chino).

Responsabilidad
Considera la responsabilidad como un compromiso ineludible (popular).

Tolerancia
La tolerancia es el respeto de la diversidad a través de nuestra humanidad común (Boutros Boutros-Ghali, sexto Secretario General de las Naciones Unidas –ONU).

Iniciativa
En asuntos urgentes, la iniciativa es esencial o extremadamente peligrosa. Tómala con la cabeza fría e incluso el corazón (popular).

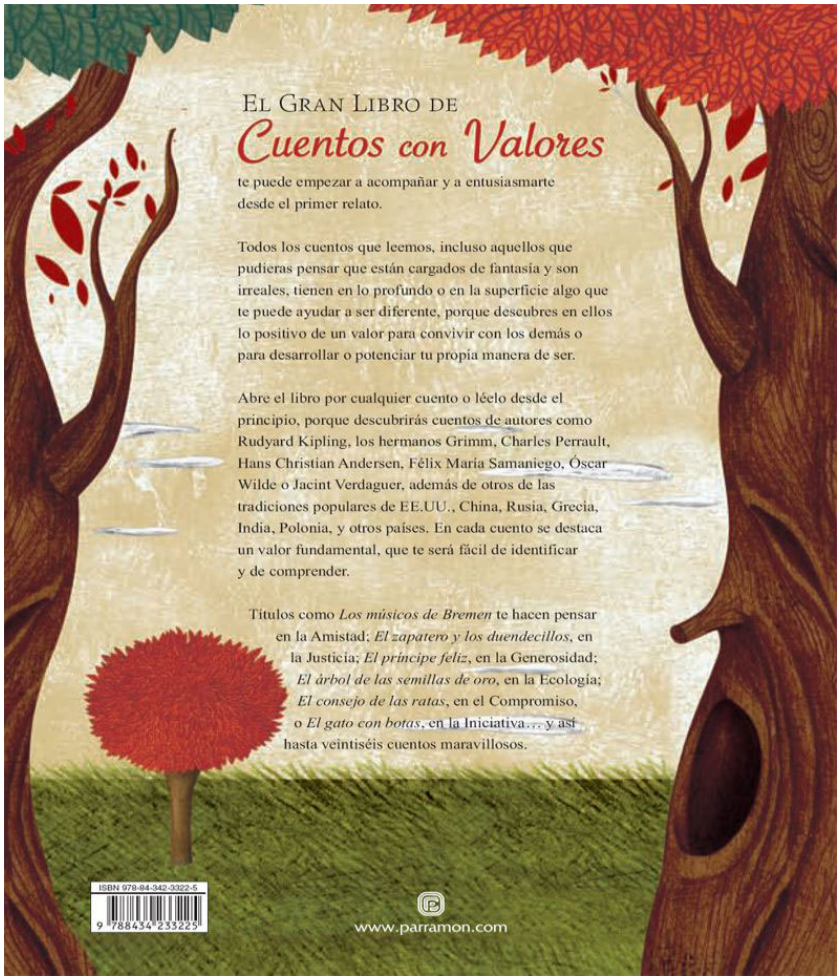
Sensibilidad
No confundas nunca sensibilidad con sensiblería (popular).

Creatividad
Intentar no daña, lo que daña es lo que no se ha iniciado (aforismo medieval).

Urbanidad
¡Comed en casa como si comierais en la del Rey! (Confucio, filósofo chino).

Ecología
Mil máquinas jamás harán una flor (popular).

Fábulas, apólogos, parábolas, ejemplos, cuentos, epopeyas, cantares de gesta, romances... han transmitido la ciencia de la vida de generación en generación desde los siglos más remotos. No sólo educan al individuo sino que cohesionan el pensamiento de un pueblo. Sintetizan ética y política, filosofía y sentido práctico, valores familiares y valores sociales, sagacidad y prudencia. Sobre el lomo de un relato bello, cabalga la sabiduría de la humanidad.


El Gran Libro de
Cuentos con Valores
te puede empezar a acompañar y a entusiasmarte desde el primer relato.
Todos los cuentos que leemos, incluso aquellos que pudieras pensar que están cargados de fantasía y son irreales, tienen en lo profundo o en la superficie algo que te puede ayudar a ser diferente, porque descubres en ellos lo positivo de un valor para convivir con los demás o para desarrollar o potenciar tu propia manera de ser.
Abre el libro por cualquier cuento o léelo desde el principio, porque descubrirás cuentos de autores como Rudyard Kipling, los hermanos Grimm, Charles Perrault, Hans Christian Andersen, Félix María Samaniego, Óscar Wilde o Jacint Verdaguer, además de otros de las tradiciones populares de EE.UU., China, Rusia, Grecia, India, Polonia, y otros países. En cada cuento se destaca un valor fundamental, que te será fácil de identificar y de comprender.
Títulos como *Los músicos de Bremen* te hacen pensar en la Amistad; *El zapatero y los duendecillos*, en la Justicia; *El príncipe feliz*, en la Generosidad; *El árbol de las semillas de oro*, en la Ecología; *El consejo de las ratas*, en el Compromiso, o *El gato con botas*, en la Iniciativa... y así hasta veintiséis cuentos maravillosos.
ISBN 978-84-342-3322-5
9 788434 233225
www.parramon.com